
El nuevo Eldorado

J. Tynwhitt-Brooks

Encontrar *El Dorado*, modelo de utopía geográfica, fue el sueño mayor de los aventureros europeos de los siglos XVI y XVII. Tierra prometida en el reino de este mundo, confín de lo habitable por los humanos, lugar preconcebido por la necesidad como el antídoto posible contra la pobreza secular, buscar *El Dorado* desenmascaró a la mentalidad y a la cultura de los conquistadores y colonos que llegaron a América. La pérdida del miedo al Atlántico lo trasladó de oriente a occidente en 1492: *El Dorado* llegó a América en las carabelas —y en la cabeza— de Colón y muy pronto se le dio ubicaciones. Creación de la imagería europea, herencia de la ilusión medieval y renacentista, Ernst Bloch escribió que su búsqueda combinaba al oro como intención con el afán del botín y del milagro.

Muchas veces se creyó verlo y tenerlo a la mano. Hubo noticias de él en los puntos más dispares y recónditos del continente: al norte la Cíbola, la ciudad áurea de una civilización india sólo conocida por fray Marcos de Niza; al sur cierta urbe incaica o el nombre del cacique de una tribu desaparecida —el Zipa de Muequetá— que había dejado memoria porque se le cubría con polvo de oro todas las mañanas al salir el sol. Sin embargo, las noticias y los relatos de los viajeros nunca pasaron de la simple promesa. La voluntad prolongó la creencia, la hizo deseo permanente.

La quimera estaba a la altura de la esperanza aventurera. Sólo en 1570 fue causa de cuatro

desastres. Pues la empresa de la conquista tuvo también esta cara irreal: muerte, amargura y extravío para los buscadores; frustración para el ansioso gobierno de España. Era el precio de lo nuevo revestido por una vieja tradición; se pagó por la temeridad, pero no se hizo caso a los frecuentes desencantos. Las expediciones perdidas de ejércitos locos suponían, de entrada, el hecho de su existencia física, geográfica. No sin razón nuestro contemporáneo V.S. Naipaul calificó a *El Dorado* como la “provincia fantasma del imperio español”.

Pero con el tiempo *El Dorado* dejó de ser posibilidad real y se le mandó al universo de la fantasía y de las consejas populares. En el siglo XVIII Voltaire lo hizo meta improbable del viaje americano de *Cándido*. Ya entonces su localización se había dejado de tomar como empresa seria: era el efecto de un larga cadena de desilusiones construida desde los relatos del Preste Juan durante la Edad Media hasta la ya casi moderna promesa americana. Y tres siglos de coloniaje fueron suficientes para desengañar a gobernantes y colonos sobre la obtención de esa fuente de oro. Hacia principios del siglo XIX, *El Dorado* era tan sólo un nombre, un sinónimo de fabuloso en su doble sentido.

Sin embargo, no se perdió la inclinación a mirar este nombre convertido de pronto en una realidad: cuando nadie lo esperaba, en pleno racionalista y contramítico siglo XIX, *El Dorado* conmovió las conciencias y la vida económica de

mucha gente. “Todo empezó una tarde del mes de enero de 1848 —escribió el autor moderno Timothy Green— cuando un carpintero llamado James Marshall encontró lo que creía que eran motitas de oro en el saetín del molino de John Sutter, próximo a la confluencia de los ríos American y Sacramento”. No tardó mucho en confirmarse el hallazgo: un amplio placer aurífero cubría las tierras californianas cercanas al puerto de San Francisco, territorio hasta hacía pocos meses perteneciente a México. La noticia corrió y trastornó a comerciantes, labradores, artesanos y soldados: la codicia —dijo el San Francisco Californian en 1848— cambió la vida de la gente de la región. Después enfebreció a otros: emigrados de México, Guatemala, Chile e ingleses se sumaron a la avalancha de buscadores de oro.

Como antaño, el oro y la carrera por llegar a la frontera occidental volvieron a emparejarse en la utopía geográfica, pero ahora como parte de la historia internacional de Estados Unidos. Con el mito del lugar áureo renació la empresa de conquista territorial.

Las condiciones de vida de los mineros improvisados, su sustitución por las asociaciones de trabajadores y las organizaciones contratistas, la desaparición de los límites entre lo legal y lo ilegal —la que llamaron “ley de Lynch” fue más usada en la represión de los delitos que los cuerpos legales y los juicios formales—, la muerte violenta o por enfermedad de alrededor de cinco mil gambusinos en muy pocos años, el acercamiento real con los indios bárbaros, etc., fueron parte del lado negro de una agitación comercial sin precedentes. El nuevo El Dorado movió capitales de varias naciones, significó la bonanza de muchos puertos desde Chile hasta San Francisco, desarrolló la economía del litoral del Pacífico, favoreció el establecimiento de prósperas casas comerciales que dieron salida a productos agrícolas y enseres de trabajo hasta entonces destinados a letrados mercados interiores. También originó —génesis olvidada— un mar literario, que alimentaría tanto a la crónica periodística —heredera de las noticias de los viajeros y conquistadores coloniales— como a la primitiva novela western.

En junio de 1849, al mismo tiempo que se publicaba en los periódicos de la ciudad de México la constitución política de la California, apareció en el diario El Monitor Republicano una serie de entregas titulada “Nuevo Eldorado en la Alta California”. La serie, tomada de El Heraldo de Madrid, se basaba en el supuesto diario de J. Tynwhitt-Brooks, uno de los gambusinos que vivieron la bonanza y sus problemas. La “fiebre del metal amarillo”, los quehaceres de los buscadores mineros, sus vicisitudes cotidianas y el mucho oro que decían se encontraba por doquier, era lo que los lectores de la capital de la República veían. El paraíso que se les fue de las manos apenas un año antes.

La impresión que debió causarles el saber que se perdió mucho más que tierra inhóspita aunque fértil, quiso ser menguada con las noticias del caos que el descubrimiento de los placeres trajo consigo. Podemos imaginar la jugada y el despecho: ya no se tenía el tapete de oro, pero tampoco los problemas causados por los indios, por la ingobernable ansia de riqueza o por la falta de seguridad para bienes y vidas. El desorden, la ausencia de autoridades y los graves sucesos de la incivildad de los indios —nuevo discurso negativo en boga por el apogeo de las guerras de castas— eran el mayor atentado a la organización republicana que deseaba cualquier nación que se dijera moderna. Aunque fueran un magro consuelo para los lectores mexicanos, estos elementos se volvieron lugar común de la literatura sobre el oeste norteamericano.

Al publicarse las últimas entregas de este relato (8 y 9 de julio), se añadieron dos notas que querían dispersar la probable pesadumbre de saberse expropiados del placer ilimitado de un El Dorado perseguido por siglos. Las notas aparecieron a modo de respaldo —“piezas justificativas”— del relato de Brooks. Sus fuentes de información eran irreprochables: el cónsul norteamericano Thomas Larkin, agente naviero en Monterey, y el comodoro Jones, comandante de la escuadra norteamericana en el Pacífico. Las notas decían que si bien el oro era abundante, la carestía, la escasez de dinero acuñado, las enfermedades y el exceso de trabajo convertían al paraíso minero en infierno. Según sus cálculos,

diariamente se gastaba la mitad de lo obtenido en el trabajo. Los gambusinos, otra vez, eran un ejército loco.

La prensa mexicana manejó esa locura por el oro como enfermedad contagiosa. Era visto como una epidemia que atacaba a todos los hombres con fuerza para trabajar y que sólo podría controlarse con la medicina de la disciplina. Tal era el "estado deplorable" que convirtió a la Alta California en un torbellino, en lugar de confusión y anarquía que hacía peligrar vidas y propiedades. Asimismo, se dijo, era imposible para Estados Unidos mantener a un ejército o escuadra naval en la región: la desertión parecía un mal inevitable, lo que dificultaba el establecimiento del gobierno norteamericano en el recientemente obtenido territorio.

Por otro lado, el escrito de Brooks puede ser considerado como literatura que anticipa a la propiamente western: dos décadas antes de que los hombres del Este norteamericano inventaran al "lejano y salvaje Oeste" a través de ficciones y mitificaciones populares —desde las novelas baratas (dime novels), de las que luego se quejaría el sheriff Pat Garret, hasta los relatos más elaborados de Stephen Crane—, aparecieron estas entregas traducidas al español. En ellas se prevén los elementos más arcaicos del western: la ilusión del hombre libre, los indios, los bandoleros, los gambusinos, las correrías y persecuciones a caballo, la subsistencia mediante la caza en las montañas, etc. Curiosamente, al igual que los relatos coloniales sobre tierras ignotas, se relacionó al territorio indio con la ubicación de riqueza dorada, imagen que la realidad parecía no desmentir en épocas tan tardías como 1870 y 1890 —según el historiador Robert MacPherson al hablar de los Navajos. Con todo, en el escrito de Brooks no aparecían aún las imágenes luego comunes de los cowboys y de sus contrapartes los desesperados, aunque los ladrones de origen mexicano sean ya elementos centrales de la narración. Dos elementos persisten en la literatura propiamente western de los setenta en adelante y que aparecen en la narración de 1848 del improvisado minero y escritor Brooks: los hombres que emergen como parte del paisaje, y los

relatos de El Dorado que viajan montados entre el mito y la historia.

Quizás el diario escrito por Brooks y los mismos protagonistas fuesen parcial o totalmente falsos. No importa: lo narrado era verosímil en 1849, y por tanto creíble, como lo sería después la literatura western del último tercio del siglo y posterior, o las leyendas de los valientes y libres cowboys y sus enemigos bandidos y desesperados. En este caso, las viejas raíces medievales de la mentalidad occidental eran el punto de partida de la credibilidad sobre El Dorado californiano y la ruda vida en el salvaje Oeste norteamericano. A continuación se reproduce lo que el lector de El Monitor Republicano leyó a mediados de 1849; y habrá que imaginar la historia narrada como él lo haría.

Salvador Rueda

Cuando tanto ha llamado la atención de Europa, y acaso a estas horas la del mundo entero, el reciente descubrimiento de muchas minas riquísimas de oro en las Californias, antes colonia española y hoy de la pertenencia de los Estados Unidos, creemos que nuestros lectores no llevarán a mal que insertemos en *El Heraldo* el diario curioso que ha escrito el médico inglés J. Tynwhitt-Brooks acerca del viaje que en compañía de algunos amigos hizo el año pasado a la tierra del oro, como se llama ahora aquel país.

El autor de esta relación sencilla e interesante es un médico inglés que partió hace algunos años a buscar fortuna en el Oregon. No habiéndola encontrado, no sabía qué resolución tomar cuando en los primeros meses de 1848, llegando a sus oídos la noticia de que los norteamericanos acababan de conquistar la California, se decidió a ir a ofrecerles sus servicios. Habiendo arribado por mar a San Francisco, no pensaba aún después de algunos días de su desembarco sino en solicitar una plaza de cirujano en el Regimiento de Voluntarios de Nueva York, mandado por el coronel Mason, cuando de repente, en medio de la población ocupada en construir casas y almacenes, y en asentar los cimientos de un depósito comercial que debía rivalizar algún día con Lon-

dres y Nueva York, estalló como un rayo la noticia de que en el vecino valle del Sacramento, a 30 leguas escasas de distancia, se habían descubierto minas auríferas de maravillosa riqueza. El efecto fue instantáneo. En menos de una semana, casas, almacenes, obras, tiendas, especulaciones, comercio, etc., quedaron abandonados, y todo el mundo, guiado de ese espíritu de aventura y resolución que caracteriza a los americanos (*go ahead, Yankees*) partió para el nuevo Eldorado: magistrados, comerciantes, artesanos, médicos, abogados, soldados de la guarnición, marineros de los buques anclados en la bahía, todos habían dejado sus ocupaciones o desertado de sus puestos para ir a las minas. No habiendo hallado M. Brooks la acogida que esperaba en el coronel Mason, siguió el torrente, y solamente después de las vicisitudes que vamos a referir, después de cuatro meses de penoso trabajo empleados en busca del oro, y cuando el mal tiempo le obligó a volver a la ciudad, se acordó que durante todo ese tiempo no había escrito ni una sola vez a sus parientes y amigos de Europa. Para reparar este olvido, M. Brooks dirigió a su familia el manuscrito de un diario llevado con muy poca regularidad, de todo el tiempo que duró su expedición al *Gold District*. Este diario es el que ha dado exclusivamente materia para formar el pequeño volumen que tenemos a la vista y que acaba de ver la luz pública en Londres. Después de haberle leído el hermano de M. Brooks, creyó conveniente darlo a la estampa como una fuente de noticias y una memoria que podrían consultar los emigrados a quienes la epidemia del *mineral yellow fever* (de la fiebre amarilla mineral) envía hoy a California.

Comienza el diario el 28 de abril de 1848, día en que ancló en la magnífica bahía de San Francisco el buque donde iban embarcados M. Brooks y los señores Malcolm y Macphail, emigrados del Oregon, que no habían sido sin duda más felices que él, y que muy en breve debían ser asociados suyos. No sospechando estos viajeros los descubrimientos que se preparaban, pensaron solamente en los primeros días en recoger noticias acerca del clima, fertilidad del suelo, etc., sobre cuyos diferentes puntos les informó muy por extenso un americano llamado Bradley, que pronto iba

a correr con ellos a las minas, pero que entonces, después de ocho años de residencia en California, nada sabía aún de la existencia de los metales preciosos. Satisfechos de los primeros informes que les dieron, tomaron el partido de ir a reconocer por sí mismos el terreno y no parar hasta la capital, Monterey. Parten, pues, atravesando a caballo el país, y el diario trata de los cultivos, de las casas, de las quintas; pero no dice todavía una sola palabra del oro, siendo en Monterey donde por primera vez se habló de ese asunto, en ocasión de hacer M. Brooks una visita al coronel Mason para pedirle una plaza de cirujano en su regimiento, y he aquí en qué terminos: “Después de habernos afirmado el gobernador que la guerra había terminado y que se iba a firmar la paz, si es que ya no lo estaba, preguntó a M. Bradley si había oído decir que se había descubierto oro en las márgenes del Sacramento, noticia que el capitán Fulsom (encargado de una misión particular del gobierno de los Estados Unidos en California) acababa de darle accidentalmente en una carta como un rumor muy esparcido en San Francisco. M. Bradley, que contaba ya ocho años de residencia en el país, respondió que en efecto había oído hablar de ese particular, pero que tenía la noticia por absurda, a pesar de que muchos locos habían ya partido para aquellas supuestas minas. De este modo terminó nuestra entrevista”.

Encantados de su excursión vuelven los amigos a San Francisco. Hasta el 8 de mayo no se hace mención del descubrimiento de las minas de oro, aunque sólo como cosa probable, pero no segura: “El capitán Fulsom ha venido a visitarme y dice que esta mañana vio a un hombre que ha venido de las márgenes de un río llamado la Horca Americana, y situado a 100 millas en el interior, y en las cuales ha cogido oro. El capitán Fulsom ha visto este oro y cree que habría unas veintitrés onzas en granos pequeños. El hombre ha dicho que ha recogido todo esto en ocho días; pero el capitán Fulsom no quiere creer nada, y dice que hace algunas semanas vio muchas partículas de ese oro, que según él no es otra cosa que mica. Sin embargo, personas competentes han asegurado ser verdadero oro. El capitán piensa ir él mismo a reconocer las minas. Después de su partida, nos

ha dicho Bradley que el establecimiento del Sacramento, a donde Malcolm se propone hacer una excursión, está inmediato a la Horca Americana, y que no haríamos mal en acompañarle. La distancia desde San Francisco es, según él, de 100 a 120 millas (30 o 40 leguas)".

Ni una palabra más dice el autor, y como un viajero que escribe su diario no piensa en el arte de las transiciones, he aquí cómo empieza la nota fechada el 10 de mayo: "Ayer y hoy no se ha hablado de otra cosa que de la mina, del *placer* de oro, como aquí se llama. Cuatro personas han venido de allí con grandes cantidades de metal, el cual ha sido examinado por el primer alcalde y por todos los comerciantes de la ciudad. Bradley nos ha enseñado una pepita que pesa un cuarto de onza, y ha comprado por tres duros y medio. Por lo que hace a mí, no dudo ya de que sea buen oro. Dícese que han marchado ya algunos individuos a reconocer la mina y, según el diario de la localidad, han llevado los instrumentos necesarios para trabajar. Creo, sin embargo, que se lo prohibirán, porque el capitán ha escrito a M. Mason, que está autorizado a tomar en nombre del gobierno posesión de la mina que dice es propiedad del dominio público".

"13 de mayo. Se ha resuelto definitivamente que partamos el miércoles para el valle del Sacramento, y confieso que empiezo a sentirme seriamente afectado de la enfermedad reinante y que espero el miércoles con impaciencia.

17 de mayo. El país se halla entregado a una verdadera locura; todos los artesanos han abandonado sus trabajos. Al pasearme hoy por la ciudad, he notado que no había albañiles sino en media docena de casas de las cincuenta y tantas que se estaban construyendo de nueva planta. He contado más de dieciocho casas cerradas, cuyos inquilinos han marchado a la mina. Si el coronel Mason envía tropas, como se dice de público, a la Horca Americana, todas esas pobres gentes habrán perdido su tiempo".

A pesar de su impaciencia, los viajeros no pueden partir, porque el guarnicionero que debía proporcionarles los objetos indispensables para una excursión intentada a través de un país apenas explotado, ha sido abandonado por todos

los operarios que se han ido al *Gold District* y se ve en la necesidad de despedir a sus parroquianos sin poder servirlos. Mientras aguardan, se ha aumentado su compañía con un nuevo personaje, un español, D. Luis Pablo, en cuya casa habían comido hace quince días en Monterey, y que muy ajeno entonces de pensar en las minas de oro, se ocupaba en liquidar su escasa fortuna para volver a Europa.

"22 de mayo. Nuevo contrat tiempo: el guarnicionero aún no ha cumplido su palabra. Mientras que Malcolm, Bradley y yo echábamos pestes contra él, se ha presentado a nuestra casa D. Luis. La *gold fever* (la fiebre del oro) se ha extendido hasta Monterey y ha tomado el partido de ir él mismo a las minas para trabajar como los demás. Le acompaña su criado, que es un indio convertido llamado José, y ha tenido la buena ocurrencia de traer consigo cuanto le era necesario para el camino. Cree falsos todos los rumores del envío de tropas por el coronel Mason; pues aunque es cierto que muchos soldados de la guarnición de Monterey han marchado a la Horca Americana, son solamente desertores que van a trabajar por su cuenta. Parece indudable que se ha encontrado oro en una superficie de muchas millas, noticia que nos decide a hacer lo mismo que D. Luis, es decir, a trabajar nosotros mismos como braceros, y aunque hasta cierto puedan ser considerados como locos cuatro individuos que ocupan cierto rango en la sociedad, que abandonan sus casas para ir a formar sus proyectos sobre rumores acaso absurdos; sin embargo, el ejemplo de la multitud que vemos partir todos los días para la mina, nos ha arrastrado a seguir el torrente. Así pues, hemos celebrado un consejo para acordar definitivamente nuestro plan de campaña, y precisamente cuando deliberábamos hemos visto llegar a nuestro amigo Macphail, que se ha asociado a nuestra fortuna. He aquí lo que hemos resuelto: cada uno deberá proveerse de un buen caballo para sí y otro para sus efectos personales, así como una parte del bagaje común. Llevará también una escopeta, pistolas de arzón, etc. Se ha convenido además en comprar una tienda de campaña, si es posible encontrarla, palas, azadones, una buena hacha, cobertores, café, azúcar, aguardiente, cuchillos, trinchan-

tes, platos, marmitas, en una palabra, todos los objetos necesarios a la vida del campo.

En fin, a las cuatro de la tarde, después de no haber dejado ni respirar un momento al guarnicionero en todo el día, he logrado que me envíe nuestras sillas, maletas, etc.; pero al volver pocos instantes después a su casa para cambiar uno de los efectos que le había encargado, encontré la casa abandonada y en la puerta la inscripción siguiente: 'Ha marchado a la mina'."

Finalmente, nuestros viajeros parten también el 24 de mayo y el 29 llegan sin ocurrencia notable a un grupo de diez o doce casas que forman el establecimiento, o mejor dicho, el fuerte del capitán Suter, del cual se trata en la relación del coronel Mason. Este fuerte, pues tal nombre merece, está rodeado de fosos y murallas de tierra, sobre las cuales hay 24 cañones, y en los mapas modernos lo hallamos designado con el nombre de Nueva Helvecia, que en un principio le había dado su fundador. Oficial de la guardia suiza del rey Carlos X, el capitán Suter, después de los acontecimientos de 1830 en que fue herido, dejó la Europa por el Nuevo Mundo. Emigrado primero a los Estados Unidos, los abandonó hace diez años para venir a establecerse en California. Este era entonces un país casi desierto, y el capitán obtuvo sin gran dificultad del gobierno mexicano que le concediera una extensión importante de terreno, pues que comprendía veinte leguas de largo y cuatro de ancho. El centro de este terreno está situado en la confluencia del río llamado Horca Americana y del Sacramento, debiendo advertir que en su territorio los señores Suter y Marshall hicieron el primer descubrimiento del oro. Sabidas son las circunstancias que acompañaron a este descubrimiento, y en la memoria del coronel Mason están referidas con la mayor amplitud para que tengamos necesidad de reproducirlas.

Recomendados nuestros amigos por M. Sherman, ayudante de campo del gobernador, a M. Suter, fueron muy bien recibidos por él y por su esposa, hija de París, tan bien a lo menos como las circunstancias lo permitían. El capitán se hallaba ya abandonado por casi todos sus criados, indios a quienes en un principio debió hacer la guerra al llegar al país, y que, por su generosi-

dad no menos que por su valor, agregó después al servicio y guardia de su casa y aplicó a los trabajos de la agricultura para el cultivo de su magnífica propiedad. Casi todos habían partido entonces a la mina y habían sido reemplazados por multitud de aventureros que venían también a buscar oro, y que al paso pedían hospitalidad al capitán. El fuerte estaba lleno de escombros, en términos que la mayor parte de ellos vivaqueaban en los patios y jardines, ofreciendo un conjunto de los más curiosos y variados, donde estaban representadas casi todas las razas humanas.

Con todo, el capitán hace cuanto puede por recibir dignamente a M. Brooks y sus amigos, que, aconsejados por él completan su equipaje; cómpranle caballos y víveres y agregan a su caravana, definitivamente compuesta de siete personas, otro criado, joven y vigoroso, que les dijo llamarse Jaime Horry, y el cual era desertor de uno de los barcos destinados a la pesca de la ballena, que hacía poco había anclado en San Francisco. Bien provista y llena de esperanza, la compañía deja el fuerte el sábado 3 de junio, y como no tenía que andar más que como seis o siete leguas para llegar al lugar que se llama indistintamente Lower Mines (Minas Inferiores) y Mormon Diggings (Registros de los Mormones), llegan aquel mismo día aunque por la tarde, gracias a varios accidentes ocurridos a sus caballos de carga.

"Domingo 4 de junio. Ayer a la caída del día llegamos a dar vista a los Mormon Diggings, que se extienden una, dos o tres millas de largo de la orilla izquierda de la Horca Americana. Allí encontramos unas cuarenta tiendas formadas en los flancos de las montañas, y ocupadas principalmente por americanos, la mayor parte de los cuales habían llevado consigo sus familias. Aunque el sol estaba próximo a su ocaso, todos trabajaban con una actividad sin igual. A cada diez pasos se veían hombres con los brazos desnudos, ocupados en extraer por medio del lavado el polvo o los granos de oro.

Unos no tenían más instrumentos que cribas, platos y ollas de barro, que agitaban fuertemente para disolver la tierra y precipitar el metal. Otros, más ingeniosos o provistos de un material más perfeccionado, trabajaban de cuatro en cuatro

en grandes y pesadas máquinas de madera que se asemejaban a unas especies de cunas o artesones con cigüeña, que por esta causa se llaman *cradles*. (El coronel Mason ha descrito en su memoria estas máquinas).

No puedo decir la impresión que este espectáculo produjo en nosotros. Nos parecía que acababan de abrirse a nuestra vista los fabulosos tesoros de las *Mil y una noches*, y por un movimiento espontáneo nos dimos todos la mano, jurando sernos fieles unos a otros y trabajar enérgicamente por el bien común. Yendo de tienda en tienda, cuando vimos los montones de oro que aquellas gentes habían reunido en pocas semanas, se apoderó de nosotros una especie de vértigo, y excitados por aquel espectáculo, medio ebrios, no pensamos ya más que en una sola cosa: en establecer nuestro campo para correr al trabajo. Era tal nuestra impaciencia, que media hora después de nuestra llegada ya estaba descargado el caballo que llevaba nuestras herramientas y todos nosotros entregados al trabajo con el mismo ardor que los demás. Por lo que hace a mí, armado de una llana y de una vasija de hoja de lata, me lancé al lecho desecado del arroyo cerca del cual acabábamos de elegir nuestro domicilio. No ovidaré fácilmente el sentimiento con que hundí mi llana en la arena. Después de haber llenado hasta la mitad mi vasija, la llevé a un charco inmediato y sumergiéndola algunas líneas debajo del nivel del agua, me puse a menear vivamente el contenido con la mano, como veía hacerlo a los demás. Es inútil decir que yo no era muy experto y que por lo tanto perdí parte del precioso metal. Sin embargo, pronto observé que la tierra entraba en disolución y se marchaba con el agua, mientras que en el fondo del vaso se formaba un sedimento arenoso. Vaciando después cuidadosamente mi agua, pasé la arena a uno de esos canastillos impermeables que fabrican los indios. Llevado de mi impaciencia, quise secarla al fuego de nuestro vivac, porque no quedaba ya bastante sol para hacer evaporar el precioso depósito a sus rayos.

Media hora después estaba de vuelta en el campo, y entonces observé que en nuestra precipitación nos habíamos olvidado de descargar nuestros caballos. M. Malcolm me había prece-

dido y llevaba casi tanta arena aurífera como yo. Un instante después llegaron también Bradley y D. Luis locos de contentos y en un estado de exaltación tan difícil de describir, mostrándonos con orgullo el producto de su trabajo. En cuanto a José, no se cansaba de dar gracias a la Virgen Santísima y al Espíritu Santo, que confundía de la manera más singular pero menos ortodoxa.

Ocupábamos al fin en levantar nuestra tienda, y Malcolm se puso a preparar la cena, operación en la que fue vivamente contrariado por nuestra impaciencia en secar nuestra arena a su fuego para saber lo que nuestro trabajo había producido realmente. Después de haber hecho estallar al calor del fuego muchas piezas de nuestra vajilla, seca al fin la arena, nos pusimos a soplar, cerrando los ojos, el polvo que cubría nuestros tesoros, y pocos minutos después estábamos en posesión de dos o tres pulgadas de polvo de oro, lo cual, como se ve, no dejaba de ser un estímulo para principiantes: así es que nos dormimos todos profundamente.

Hoy ha salido el sol brillante en un cielo sin nubes. Después de haber despachado nuestro almuerzo nos pusimos a deliberar sobre el empleo que debíamos dar al día. D. Luis fue el único que a causa de la solemnidad del domingo declaró no querer trabajar. Para ponernos todos de acuerdo se resolvió que cada uno trabajaría por su cuenta y sólo prestaría su cooperación a la sociedad para la defensa común. Dejando, pues, a D. Luis fumando en la tienda, nos dirigimos al trabajo y vimos que la mayor parte de los mineros participaban de nuestra opinión sobre la cuestión de si es lícito trabajar en domingo.

Durante toda la mañana he trabajado con ahínco, lo mismo que mis compañeros. La tarea es de las más duras, porque estar siempre encorvado lastima los riñones; y tener siempre metidas las manos en el agua y expuestas al sol hace que se abran, y produce una sensación muy dolorosa. Empero, estas incomodidades son demasiado ligeras si las comparamos con el provecho que se saca de ellas. Sin embargo, después de comer, cosa que hicimos a las doce, en vez de volver al trabajo fuimos a visitar los diferentes campamentos. Casi todo el mundo había hecho lo que nosotros: unos dormían debajo de los árboles, de

las tiendas o a la sombra de sus carretas; otros fumaban y hablaban; quien se ocupa en coserse la ropa y quien en cocinar. Era aquél realmente un espectáculo de los más extraños: aquí indios pavoneándose con camisas de algodón de colores brillantes, ocultando los modales del salvaje debajo del traje del hombre civilizado; allá figuras bronceadas, cuerpos flacos y músculos, cuyas formas finas y mirada ardiente anuncian la raza española hablando con los yankees de tez pálida y cabellos rubios, tan hábiles en concluir un negocio mercantil como dispuestos a una refriega. Más lejos, por su camisa de lana encarnada o azul, u en su ancho pantalón de lona, se reconoce al marinero, desertor sin duda de algún barco ballenero, y mucho más lejos se perciben los negros cimarrones que hablan con toda la volubilidad propia de su raza, balancean negligentemente sus cabezas lanudas o rien a carcajadas abriendo hasta las orejas una boca inmensa que guarnece dos filas de dientes admirablemente blancos.

Nuestro paseo nos hizo descubrir una tienda de dimensiones gigantescas, construida en realidad con dos o tres tiendas, y la cual forma una capilla donde un misionero de los Estados de Nueva Inglaterra había reunido una asamblea numerosa.

5 de junio. Hemos trabajado sin descanso todo el día, cavando y lavando, pero hemos obtenido muy buenos resultados. Creo al fin que empiezo realmente el edificio de mi fortuna, y doy gracias a Dios con toda mi alma. Mucho me ha maltratado la suerte de mis largas peregrinaciones por el mundo; pero hoy me muestra su cara risueña y estoy dispuesto a seguirla por el camino por donde me guía. Bradley y yo hemos trabajado hoy juntos y hemos sido muy felices, pues él ha sacado 25 duros en polvo de oro y yo 22. Preciso es convenir que nuestro sistema de trabajo es bárbaro; a mí me duele horriblemente la cintura por haber estado encorvado todo el día, y por tanto he pensado en comprar un *cradle*, si es posible; el gasto sería grande sin duda, pero nadie dirá que he empleado mal mi dinero. Cuando nos pusimos a comer hice mi proposición y fue aceptada por unanimidad, resolviéndose en consecuencia que si

(no) pudiésemos hallar quien nos vendiese una de esas máquinas, trataríamos de construirla por nosotros mismos. Hoy han llegado muchas personas de Suterville. Dos de los recién venidos son conocidos de Bradley: uno es M. Biggs, que había estado desempeñando una comisión en San Francisco, y el otro es un francés del Canadá llamado M. Lacosse, que viene a establecerse en California. Han aceptado la oferta que les hemos hecho de incorporarse a nuestra compañía. Si continúa esta afluencia, y subiendo, como hasta aquí, los precios de los géneros (hoy nos han vendido un peso para pesar el oro en 15 duros), pronto será más ventajoso tener una tienda que manejar la piqueta o menear el *cradle*. Lo que me sorprende es que en sitios tan apartados de todo lo que se llama civilización y con mucho más motivo de todo lo que puede parecerse a la ley, se encuentre tanta seguridad. No se oye hablar de tentativa alguna contra las personas ni contra las propiedades. Además, el robo sería pronto castigado, pues con un balazo en la cabeza del culpable se administraría la justicia breve y sumariamente.

Domingo 11 de junio. Hace casi ocho días que no he abierto mi diario. No habiendo podido hallar el martes quien me vendiese un *cradle*, hemos tomado el partido de construir nosotros mismos no sólo uno, sino dos. La dificultad estaba en proporcionarnos algunas tablas que necesitábamos; al fin las hemos encontrado, pero nos han costado 35 duros; este mismo precio nos pidió por cada día un carpintero, de quien quisimos en un principio valernos para que nos ayudara en nuestro trabajo. Sin embargo, aunque construidas groseramente, hemos conseguido tener acabadas en la tarde del miércoles las dos máquinas, y con tanta solidez que no dejan nada que desear. En la mañana del jueves las pusimos a prueba con muy buen resultado. Este procedimiento de trabajo es más lucrativo y mucho menos cansado que el otro.

Domingo 18 de junio. La semana que acaba de transcurrir ha sido muy parecida a la anterior o, por mejor decir, han sido mayores nuestros beneficios puesto que, por término medio, hemos recogido dieciseis onzas, o lo que es lo mismo, cerca de 6,400 reales al día. Los *cradles*

se multiplican todos los días y sin embargo parece no disminuir en lo más mínimo el número de trabajadores que emplean el antiguo sistema, lo cual se explica muy bien diciendo que a cada instante llega gente de la costa.

El jueves nos visitó un caballero llamado M. Larkin, encargado de una misión para el gobierno de Washington. Pasó la noche en nuestra tienda y marchó al día siguiente. Nos ha referido noticias curiosas de San Francisco. Más de las dos terceras partes de casas están desiertas. La mayor parte de los buques surtos en la bahía se han quedado sin tripulación por haber desertado casi todos los marineros. A bordo de un buque procedente de las Islas Sandwich se ha quedado solo el capitán. Al venir M. Larkin se encontró en el camino otro capitán que marchaba a las minas a la cabeza de su tripulación, y como M. Larkin le reconviniere por esta extraña conducta, le contestó el capitán: "Respondo de que esas cadenas y esas anclas son bastante fuertes para guardar el buque hasta nuestra vuelta". El *Star* y el *Californian*, periódicos fundados nuevamente, han cesado de publicarse por falta de redactores y operarios, etc. ¿Sabéis, nos dijo también M. Larkin, a quién acabo de ver en el agua hasta las rodillas y trabajando con un afán sin igual? Ni más ni menos que al *attorney general* (procurador general) del rey de las Islas Sandwich. No es el único de su profesión, replicó Bradley, pues aquí abundan los magistrados; estos a lo menos ganan su dinero sin hacer daño a nadie: ¿cuántos compañeros suyos podrán decir otro tanto?

Viernes 23 de junio. En la tarde del martes último fui extremadamente feliz. Cavaba la tierra para echarla en el *cradle* cuando descubrí un pedazo de metal del tamaño de una avellana. Pesaba dos onzas y tres cuartos. En virtud de las leyes que rigen en las minas, este pedazo de metal me pertenece y no entra en la cuenta de la comunidad por haber sido descubierto antes de pasar por el *cradle* y porque pesa más de media onza. Dicen que subiendo la corriente del Sacramento, y particularmente a orillas del río de los Castores, son muy abundantes estas pepitas, pero muy raras en los *Mormon Diggings*.

Entre los nuevos expedicionarios se empieza

a contar cierto número de criollos españoles de la California. La mayor parte traen sus mujeres, a las que acompañan siempre criadas indianas. El gracioso traje español da más animación al paisaje, y no sin placer se observa en medio de los pálidos yankees, con sus anchos pantalones blancos y sus sombreros de paja, y en medio de los indios medio desnudos, al hijo de la California de tez trigueña, ojos negros y brillantes, con su chaqueta bordada, sus calzones de terciopelo, su faja de seda y sus elegantes botas de piel de gamo.

Las mujeres son graciosas y coquetas. Sus vestidos, lo bastante cortos para dejar ver unas piernas muy bien hechas, están llenos de ricos bordados y brillan con los colores más vivos; la escarlata es la que parece que está más a la moda. Sus cabellos negros caen en largas trenzas por la espalda, y contando con los demás pequeños accesorios, como pendientes, collares, brazaletes, preciso es convenir que el traje de estas damas es de lo más rico y primoroso que puede verse. Su principal distintivo es el *rebozo* [Paño de rebozo, y no rebozo, es como se llama en América a esta clase de mantillas (N.T.)], especie de chal, generalmente de algodón que reemplaza a la mantilla de la antigua España. La llevan de mil maneras y todas graciosas: sobre los hombros, alrededor del talle, o cubriendo la cabeza, y siempre se le ve dispuesto con esa inimitable gracia y esa encantadora coquetería que poseen en alto grado las mujeres españolas en el manejo del abanico y en el uso de la mantilla. Desde que han llegado estas familias tenemos todas las tardes baile. Los alegres sonidos de la guitarra y el violín lo anuncian a todo el que se aproxima a estos sitios, a donde se ve siempre una asamblea de las más pintorescas, formada en círculo, en que cada uno fuma su cigarro aplaudiendo a los bailarines, que fuman como los demás. No se puede menos que admirar los brillantes vestidos y graciosos movimientos de las bailarinas, que no sólo parecen bailar con los pies y las piernas, sino con su corazón y toda su alma. Lacosse, principalmente, ha perdido la cabeza con estos bailes, y muchas veces se le ve representar en ellos también su papel.

Domingo 25 de junio. Todos hemos renunciado



a trabajar los domingos, pues nos parece que es demasiado trabajar seis días como lo hacemos. Nuestro trabajo de esta semana no ha sido muy productivo, pues solamente hemos cogido 19 onzas. Todas las noches se pesa y distribuye el polvo de oro, llevando cada uno su riqueza en un cinto que jamás abandona. José, que ha reunido una suma bastante regular en sus ratos de ocio, a cada momento quiere asegurarse de que su tesoro no ha sufrido menoscabo; lo pesa dos o tres veces al día, invocando a todos los santos del calendario y a los antiguos genios de su paganismo indiano. Para cumplir un voto que hizo antes de salir de Monterey, ha separado la cuarta parte de sus tesoros para la Virgen María; pero sospecho que la parte de la Virgen disminuye todos los días y que José no obra muy lealmente con ella.

Hoy hemos ventilado mucho una importante cuestión, a saber: si sería más acertado ir a establecernos no poco más arriba del río. Los Mormont-Diggings están atestados de gente y nos han robado ya algunos instrumentos. Al fin hemos concluido por decidirnos a vender nuestros *cradles* y marcharnos a probar fortuna con una compañía menos numerosa. Siento sólo marcharme por privarme del baile y de la compañía de dos o tres lindas señoritas, cuyo trato confieso me iba gustando mucho.

Domingo 2 de julio. Ayer, conforme a la resolución tomada, abandonamos los Mormont-Diggings y tomamos nuestro camino subiendo el río de los Americanos. El jueves por la tarde fue cuando nos resolvimos definitivamente a tomar este partido, y a la mañana siguiente visité en compañía de Bradley y de Macphail todos los campamentos para tratar de vender nuestros *cradles*, lo cual no fue difícil pues de todas partes nos nacían ofertas, y como nos viésemos perseguidos hasta la importunidad por seis u ocho individuos que querían a todo trance entrar en tratos con nosotros, discurrimos vender las dos máquinas en pública subasta. Confieso que yo no tenía suficiente habilidad para encargarme de esta venta, y Bradley fue quien, encaramado sobre uno de los *cradles*, se encargó de invitar a los *gentlemen traders*, a los señores negociantes, a que hicieran sus pujas. La idea ha sido excelente.

La oferta mejor que nos han hecho por la mayor de las dos máquinas era de 160 duros, y Bradley supo, con sus discursos y sus bromas, hacerla subir mucho más. Después de haber elogiado su mercancía con una facundia inagotable, exclamó de repente: "Sabed que este *cradle* es el mismo a donde iba a parar la pepita que ha pesado dos onzas y tres cuartos, es decir, la más magnífica que jamás se ha encontrado en los Mormont-Diggings, cuando fue reconocida por el feliz minero, por este caballero que veis a mi derecha y que, según las admirables leyes de estos maravillosos establecimientos, es su legítimo propietario". Todo el mundo se echó a reír y, lo que era más importante para nosotros, empezó a pujar, de tal suerte que la máquina fue adjudicada al precio de 195 duros pagaderos en polvo de oro, a la tarifa de 14 duros por onza y con su descuento de 10 por 100 si el comprador pagaba en moneda de plata. El otro *cradle* fue adjudicado en 180 duros; de modo que ganamos 375, que nos fueron pagados en polvo de oro.

En nuestro camino debíamos pasar por delante del molino donde se descubrió el oro por primera vez. Así que prometimos visitar este lugar tan interesante, y ya nos despojábamos para descubrirlo cuando oímos de repente un tiro, y casi en el mismo instante vimos salir del bosque a un hombre con pantalón blanco, con botines de gamuza y cubierta la cabeza con un gran sombrero mexicano, y a la espalda una escopeta. Este hombre era asociado del capitán Suter, M. Marshall en persona, que cazando hacía una visita de inspección a los 50 o 60 indios que trabajaban todavía por su cuenta y a quienes pagaba en mercancías, en whisky, en *pisco* (aguardiente del país), de que aquellos desgraciados hacían un espantoso consumo. Un poco más lejos trabajaba por cuenta del capitán otra cuadrilla compuesta de 100 indios pagados de la misma manera.

3 de julio. Después de haber escogido un sitio que nos pareció prometer mucho, en medio de un barranco muy escarpado, trasladamos allí los cestos que habíamos comprado en el fuerte de Suter, y llenándolos de tierra los llevamos al río, que está algo lejos, y empezamos a lavar el mineral por el método antiguo. Hoy hemos sido muy dichosos; los resultados obtenidos son decidida-

mente muy superiores a los que podíamos esperar en los Mormont-Diggings. Aquí el suelo está mucho más impregnado de oro que allá abajo. Pero son muy grandes la fatiga y el empleo del tiempo para llevar el mineral hasta el río. Así es que estoy tan cansado esta noche que a duras penas he podido decidirme a abrir mi diario para añadir esta ligera nota.

4 de julio. Al marchar esta mañana al río con nuestra carga de cestos llenos de mineral, nos dirigió Lacosse la siguiente pregunta: ¿Por qué nuestros caballos viven como caballeros mientras los caballeros trabajan como caballos? Esta ocurrencia nos hizo reír a todos y nos admiramos de no haber hecho antes la misma observación, y pocos instantes después nuestros animales llevaban nuestra carga al río.

Después de comer, la mayor parte de los mineros aquí presentes han celebrado el aniversario de la independencia de los Estados Unidos, improvisando al efecto una especie de fiesta en la que los brindis y cantos patrióticos han hecho el gasto principal. Bradley ha pronunciado un buen discurso de circunstancias y, contra su costumbre, nos ha saludado a los ingleses con una andanada de cumplimientos dirigidos a la madre patria.

Werber's Creek, 6 de julio. La experiencia de algunos días más en las inmediaciones del molino nos ha convencido de que perdíamos demasiado tiempo y trabajo en el transporte del mineral al río, y hemos tomado el partido de buscar un sitio más favorable. Desde que llegamos al molino oímos decir que en el Werber's Creek se hallaba oro en más abundancia, y hemos resuelto ir a probar fortuna por ese lado. Lo que se llama el Werber's Creek es un arroyo, afluente septentrional de la Horca Americana o del río de los Americanos, pues lleva ambos nombres. Salimos por la mañana y llegamos por la tarde a nuestro destino. Durante todo el camino no hemos cesado de encontrar trabajadores, tiendas y campamentos. Esta mañana nos hemos levantado muy temprano, siendo nuestra primera operación buscar un sitio a propósito para nuestros trabajos. Después de una hora o más de exploración, encontramos a unas quince millas del confluente del Werber's Creek y de la Horca

Americana un sitio donde nos resolvimos sentar nuestros reales. Era un verdadero campamento, acaso no tan numeroso como en los Mormont-Diggings, pero sin embargo se veía mucha gente, la mayor parte indios. Unos trabajaban en el álveo mismo del río, y otros, que componían el mayor número, cavaban en los barrancos que descienden de las montañas. Los primeros eran más dichosos bajo el aspecto de la cantidad; pero los otros obtenían pepitas mayores y de más precio. Dícnos que si las grietas de las montañas son muy ricas, el lecho del río es un laboreo más seguro.

En la montaña se encuentran con frecuencia pepitas de muchas onzas; pero también suele suceder que los mineros se pasan mañanas enteras sin encontrar nada, al paso que los que benefician el lecho del río están seguros de ganar a lo menos una onza por día y a veces mucho más. Estas razones nos han determinado a trabajar en el agua. Nuestro primer cuidado fue proporcionarnos unos *cradles*. En una tienda encontramos tablas en venta, pero a tan alto precio que no quisimos comprarlas. Entonces resolvimos coger la madera del mismo monte y, gracias a la ayuda de un carpintero de la ribera, joven muy político y modesto, que a esos títulos reúne el de no habernos pedido más que treinta duros por un día de trabajo, hemos logrado completamente nuestro objeto. Hemos trabajado mucho, con un calor insoportable, pues aquí es más fuerte que en la costa.

8 de julio. En tanto que descansamos un momento después de comer, vimos levantarse de repente un gran tumulto en el campamento. Todo el mundo salía de sus tiendas, y llamando a sus vecinos, iban a aumentar la muchedumbre que cercaba a un grupo de caballeros. Bradley y yo fuimos también como los demás y entonces vimos que era el coronel Mason, que con su ayudante de campo y una escolta venía a visitar las minas para dirigir un informe al gobierno de Washington. El coronel ha estado muy amable con nosotros, pero también muy reservado. Bradley se ofreció servirle de guía para enseñarle todos los campamentos del Werber's Creek, y al volver a nuestra tienda nos dijo que el coronel y su escolta debían marchar esta misma tarde para

el fuerte del capitán Suter. Llevándome luego aparte, me preguntó si no pensaba que ésta era una buena oportunidad de enviar el oro que teníamos al capitán, quien mediante una comisión razonable se encargaría de consignarla a un comerciante de Monterey. La cantidad que poseíamos comenzaba a embarazarnos y temíamos continuamente que llegara a sucedernos alguna desgracia. "Este es el momento, continuó Bradley, de poner en seguridad lo que ya hemos ganado". Conocía al coronel Mason, había servido bajo sus órdenes y ofrecía, si era aceptada su proposición, encargarse de llevar él mismo nuestras riquezas al capitán.

Como se ve, esta proposición era bastante razonable y además el coronel, a quien se consultó, estaba dispuesto a aceptar la compañía de Bradley. Así, pues, nos reunimos, y habiendo sido pesado en nuestra presencia todo el oro que poseíamos, resultó que habíamos recogido veintisiete libras y ocho onzas, estimadas en la suma de 98 000 reales (ganado después de todo por seis personas en menos de veinte días de trabajo efectivo). Bradley nos dio un recibo y se comprometió a tomar otro del capitán Suter. En seguida fue empaquetado el tesoro en una maleta, asegurándola todo lo mejor que pudimos sobre los lomos del mejor de nuestros caballos, que Bradley debía llevar a la mano. Se le armó de escopeta y pistolas, y nos despedimos de él y del coronel al llegar la tarde.

Miércoles 12 de julio. Habiendo acabado muy tarde nuestros *cradles* el sábado, tuvimos que aplazar el principio de nuestros trabajos para antes de ayer, lunes. Aprovechándome yo del descanso del domingo para visitar los campamentos vecinos, vi que multitud de mineros padecían intermitentes, circunstancia que no me admira porque los malos alimentos, la exposición incesante al sol durante el calor del día y la acción del aire húmedo de las noches, son causas más que suficientes para engendrar enfermedades muy peligrosas. El lunes emprendimos de nuevo nuestros trabajos, que hemos tenido la satisfacción de ver recompensados con un producto muy considerable, puesto que entre las dos máquinas hemos obtenido unos 5 000 reales. Por la mañana vino Bradley y nos dijo que todo que-

daba arreglado a nuestra satisfacción con el capitán Suter. Por la tarde llegó un hombre a nuestra tienda a preguntarnos si teníamos algunos medicamentos que venderle. Yo le dije que era médico y le pregunté sobre su enfermedad. Tenía una fiebre intermitente; le di quinina y le encargué que se le sangrase y se acostara por algún tiempo, lo cual no impidió que viese a este mismo hombre en los intervalos que le dejaban los accesos trabajar con tanto ardor como ninguno. No tardó en propalarse la noticia de que había un doctor en el campo, y ahora me llaman de todas partes, porque es muy grande el número de enfermos. Generalmente me dan una onza de oro por visita. Esta ocupación es más ventajosa y menos molesta que la de zarandear el *cradle*. La desgracia es que estas gentes no necesitan solamente de consejos sino de medicinas, y yo no puedo desprenderme de la pequeña provisión que he preparado para nuestra comunidad. Preciso será renunciar al oficio en el caso de que sea absolutamente imposible pasar sin medicamentos.

El calor sigue siendo sofocante. Entre los mineros que trabajan a orillas del agua y expuestos al ardor del sol, se encuentran algunos que han sucumbido a tan duro trabajo. La disentería producida por los malos alimentos comienza a hacer muchas víctimas. La situación no es agradable.

Sábado 15 de julio. Hemos agregado a nuestro servicio cierto número de indios que trabajan para nosotros en los barrancos. Pertenecen a la tribu de las serpientes; son muy pobres y parecen medio muertos de hambre, les pagamos en provisiones y en *pisco*.

Las enfermedades continúan en aumento; hace dos días que Lacosse está en cama con la fiebre. Creo sin embargo que está muy aliviado. No es sólo el clima malsano la causa de las enfermedades, sino el exceso de trabajo, los malos alimentos y la vida en el campo. Así es que ya empezamos a hablar de internarnos mucho más en el país y aproximarnos a las montañas, donde se dice que abunda el oro más que aquí. Ayer marchó una compañía muy numerosa para el río de los Castores, otro afluente del Sacramento, situado a unas 50 millas norte del sitio donde estamos acampados.

Lunes 24 de julio. Nos hemos decidido a marchar al río de los Castores. Hemos trabajado mucho la semana pasada, pero también hemos sufrido las consecuencias del riguroso calor, pues no hay uno de nosotros que no sienta alguna cosa, síntomas de fiebre, dolores de riñones o de cabeza; sin embargo, nos hallamos en mejor estado que la mayor parte de los mineros. El Werber's Creek está ahora tan lleno de gente como lo estaban los Mormont-Diggings cuando los dejamos, y algunos han sido tan felices que han cogido valores inmensos en las gargantas de las montañas. Todo el valle está sembrado de tiendas y de cabañas de follaje, y no hay una fuente ni un charco de agua que no esté ocupado por mineros, cavando, cribando o lavando.

Mientras descansamos ayer a la sombra de nuestra tienda, recibimos la visita de un viejo explorador llamado Joe White, que ha conocido en la costa a Bradley y a D. Luis. Invitámosle a tomar café con nosotros. Joe White ha venido a este país con el capitán Suter, cuyo carácter y valor elogia mucho, y nos ha referido la historia del primer establecimiento del capitán. Después de muchas aventuras y combates, parece que las tribus han renunciado a hacerle la guerra. Abandonando muchos indios sus costumbres de merodeo, vinieron antes del descubrimiento de las minas a establecerse bajo la protección del fuerte, algunas veces cazando y sirviendo de exploradores a los blancos o trabajando en los campos, haciendo ladrillos, etc. El capitán les pagaba en mercancías y en *pisco*. El viejo nos ha asegurado que en el día circula entre las tribus una moneda de estaño marcada con el nombre del capitán y con la cual vienen a buscar, según sus necesidades, mercancías al fuerte.

Después de haber escuchado la relación de dos o tres aventuras más o menos curiosas, Bradley hizo recaer la conversación sobre el país situado en las cercanías del río de los Castores. Joe White respondió que le conocía bien y que, según le habían dicho, el oro debía ser allí muy abundante. Le preguntamos si quería servirnos de guía, y después de haberse hecho del rogar un poco, consintió pidiéndonos por este servicio 65 duros, pretensión muy razonable si se considera el precio que tienen todas las cosas en el

país. Pero el viejo explorador nos ha confesado que estaba enfermo y cansado de andar en el agua buscando oro y que a este trabajo penoso prefiere una excursión de algunos días por el desierto. Después de una larga discusión, se ha decidido que partiremos pasado mañana (miércoles).

Martes 25 de julio. Hemos pasado el día haciendo nuestros preparativos de marcha. Están casi agotadas nuestras provisiones a excepción de la harina; así es que hemos tenido que reponer nuestra despensa, aunque a mucha costa, porque todo está extraordinariamente caro y por lo mismo nos hemos contentado con comprar un poco de tocino, cecina y café, resignándonos a recurrir a nuestras escopetas para subvenir en lo demás a nuestras necesidades, pues según nos dicen abunda la caza en el valle de los Castores. Siguiendo los consejos de Joe White cada uno de nosotros llevará consigo, además de los que los caballos pueden conducir, víveres para quince días.

Tres personas que han oído hablar de nuestra partida han venido a suplicar que los admitamos en nuestra compañía. El uno se llama Eduardo Estory, abogado americano que en tiempo del gobierno español fue alcalde de Monterey; los otros dos son John Dowling, oficial del ejército, y Samuel Bradshaw, carpintero de un buque americano destinado a la pesca de la ballena, que han abandonado hace unos días en San Francisco. El abogado es de un talento muy despejado y conoce los dialectos de las tribus; el oficial parece no estar desprovisto de buen sentido; y en cuanto al carpintero, es una adquisición preciosa para gentes que van a lanzarse al desierto. La oferta ha sido aceptada con placer. Todos tienen caballos, si bien los dos balleneros son, como generalmente los marinos, unos jinetes extraordinariamente excéntricos.

Miércoles 26 de julio. Antes de amanecer hemos levantado nuestro campo. A las doce hemos comido, y muy bien, pues nos hemos atracado de liebres que hemos matado en el camino. Hemos visto muchas huellas de ciervo y gamo, lo cual es de muy buen agüero para nuestra cocina. Por lo demás, no hemos hecho más que subir y bajar por caminos muy escabrosos durante todo

el día. Esta tarde hace mucho frío y hemos encendido una gran hoguera con ramas de pino.

Viernes 28 de julio. Ayer mañana el cielo estaba muy puro y el aire muy frío. Antes de las doce pasamos la fuente del río de los Americanos, que aquí es un arroyuelo insignificante. El aspecto del país se hace cada vez más montuoso y difícil. La jornada nos ha parecido sumamente penosa. Hemos acampado en medio de las rocas, donde nos pusimos a comer un poco de carne asada y galleta. Esta noche pasada ha tenido calentura D. Luis; pero con una dosis de quinina se ha puesto bueno.

Hoy nos hemos puesto en camino a los primeros albores del día. Hacía mucho fresco, pero el cielo estaba muy despejado; cuando el sol apareció en el horizonte, no tuvimos ya que quejarnos del frío. El camino es muy penoso, pues está formado de barrancas y precipicios peligrosísimos; así es que hemos tenido que escalar altísimas rocas que lastimaban las patas de nuestros caballos, obligándonos a subir con demasiada lentitud. Los montes que hemos átravesado están poblados principalmente de pinos de hojas puntiagudas y frutos de gran tamaño; también hemos encontrado muchas encinas, aunque no tan grandes como en el país llano. Hacia el medio día hemos pasado la fuente del río de las Plumas, y después de una marcha penosa, y aun podría decir forzada, atravesamos la última cresta de rocas que nos separaba del valle de los Castores. Iba a ponerse el sol cuando bajamos para llegar al río, el cual corre al oeste sobre un lecho de arena brillante. Acampamos al alcance del murmullo de las aguas, satisfechos de haber terminado una excursión tan molesta.

Domingo 30 de julio. Ayer nos levantamos un poco tarde porque quisimos descansar de las fatigas del viaje. Al explorar el país a nuestro alrededor pudimos asegurarnos de que la soledad era completa. Como era consiguiente, nuestro primer cuidado fue buscar los parajes donde hubiese oro. Nos separamos para examinar el curso del río y los diferentes arroyos que durante el invierno descienden de las montañas.

Con gran asombro y pesadumbre volvimos todos al campamento para anunciarnos unos a otros que nada habíamos descubierto. Siguiendo los

consejos de nuestro guía, despachamos en el acto un destacamento para que hiciera un reconocimiento en la fuente del río. Anduvo diez o doce millas sin encontrar nada; pero al fin tuvo la buena suerte de descubrir un lugar donde a primera vista se conoció que abundaba el oro, así en la arena como en las montañas, y en consecuencia hoy hemos trasladado nuestro campo a este sitio y como estamos persuadidos de que no podemos contar con el auxilio de los blancos, a lo menos durante algún tiempo, hemos procurado ante todo aumentar nuestras reservas de subsistencia y atender del mejor modo posible a nuestra seguridad personal. Bradley, Joe White y José serán nuestros cazadores. Malcolm, Lacosse y Macphail empezarán mañana a construir un par de *cradles* bajo la dirección del carpintero, que se ocupará esencialmente de construir una barraca bastante espaciosa, donde quepa toda nuestra gente, y rodeada de una pequeña fortificación de empalizada, cuyas estacas serán puntiagudas por arriba y dentro de la cual podremos encerrar de noche nuestros caballos sin temor a las tentativas de los indios. Creemos que esta construcción con sus dependencias nos ocupará una semana y acaso más tiempo. Los cazadores han tenido buen día hoy, pues han vuelto con un par de gamos y Joe White ha cogido con lazo una docena de calandrias, de suerte que nuestra mesa ha estado espléndidamente servida.

Domingo 6 de agosto. De unos días a esta parte me devora una profunda tristeza, y sin querer se dirigen mis pensamientos hacia mi amada patria. Mis compañeros me la han conocido. Esta noche, cuando se acostaron todos saqué mi cartera de la maleta y me puse a escribir a la luz del fuego de nuestro vivac.

—¿Qué es eso? ¿No puede Ud. dormir? me preguntó D. Luis.

—No, señor, le contesté. Pienso en la vieja Inglaterra, en mi hermano y en mis amigos.

—¿Tendrá Ud. también alguna amiguita?

—Bien podría ser, dije sonriéndome tristemente y me puse a escribir.

Estamos ya completamente establecidos a orillas del río de los Castores, y hasta ahora no hemos descubierto en torno nuestro huella algu-

na de criatura humana. El lunes acabamos nuestros *cradles* y en la tarde del sábado la barraca, a la que hemos agregado un soportal que sirve de cocina. Nuestra empalizada, aunque groseramente hecha, basta a proteger nuestros caballos contra los ladrones indios. Tan pronto como acabamos nuestras construcciones, nos pusimos a buscar oro y no hemos sido desgraciados en nuestras primeras investigaciones.

8 de agosto. Tenemos ya ajustado a nuestro servicio al viejo Joe White por 15 duros a la semana y dos raciones de aguardiente al día. Cazará para nosotros pero no llevará parte en el producto de nuestros trabajos. Preciso es que desprecie de veras el dinero para no habernos pedido más. Después de esto, el hombre que ha pasado toda su vida en el desierto y que no tiene otras necesidades que las que puede satisfacer con su escopeta, bien puede sin afectación mostrarse algo desdenoso con el origen de todos los males. Si tiene hambre, una bala disparada a una danta o a un bisonte le suministra víveres para muchos días. Si tiene sed, el agua de estos claros arroyos le da toda la que necesita. La piel del oso, del búfalo o del gamo, le sirve para cubrirse y defenderse contra el frío de las noches, y en cambio de unas cuantas pieles de castor puede adquirir tanta pólvora y municiones cuanta necesite para un año entero. ¿Qué falta le hace el oro?

Mientras comíamos ayer recibimos la visita de una cuadrilla de indios que venían de la parte del río Trukee. Como no traían intenciones hostiles, les recibimos muy bien y les dimos cobertores. Pasaron el resto del día con nosotros y acamparon al lado de nuestra pequeña fortaleza; anoche y esta mañana han desaparecido unos tras otros, pero sin que tengamos la menor queja de ellos. Sólo han quedado cinco, que nos han ofrecido sus servicios; pero el triste estado de nuestros almacenes nos ha obligado a rechazar la proposición:

13 de agosto. Nuestros cazadores han sido muy felices en estos últimos días. Tenemos muy buena provisión de carne de danta, que pensamos secar, según la costumbre de los indios. Los cinco que se habían quedado con nosotros se marcharon el viernes por la mañana, o por mejor decir, durante la noche del jueves, sin ser vistos por nuestros

centinelas. No nos han robado más que dos cobertores que les habíamos prestado.

Domingo 20 de agosto. La semana que acaba de pasar ha sido fecunda en acontecimientos. El viernes, mientras alguno de nosotros vagaba alrededor del campamento explorando las numerosas gargantas que nos separan de la Sierra Nevada, encontramos en la quebrada de una roca muchas pepitas más gruesas que las que hasta entonces habíamos visto. Estimulados entonces a explorar el barranco, reconocimos muy en breve que el oro se encontraba allí en más abundancia que en el punto donde habíamos fijado nuestro domicilio, observando además que podríamos recoger el precioso metal con mucho menos trabajo, puesto que siendo el oro puro, era inútil el lavado. Así pues, tomamos el partido de traer a este sitio al día siguiente todos nuestros instrumentos, ofreciéndose sólo la dificultad de alejarnos de nuestro campamento cerca de media milla.

En fin, después de almorzar ayer, partieron a la caza Bradley, Lacosse, Macphail y Joe White, porque nuestros víveres escaseaban. José y el abogado se quedaron guardando el campo y los demás nos pusimos en camino con nuestros útiles. Después de trabajar algunas horas, conseguimos sacar más oro que el que habíamos obtenido en dos o tres días. Ya nos disponíamos a volver al campamento para comer, cuando Dowling, que estaba en lo alto del barranco, oyó ruido a poca distancia en medio de las malezas, y mirando hacia aquel lado vio un indio que avanzaba hacia él agachado, el cual tan pronto observó que había sido descubierto disparó una flecha que afortunadamente no hizo más que una ligera herida en la oreja de Dowling. Al mismo tiempo, lanzando el salvaje un grito espantoso, echó a correr y trató de coger otra flecha de su carcaj; pero dio un paso en falso, cayó, y antes de que pudiera levantarse le dio Dowling en la cabeza tan fuerte azadonazo que murió en el acto.

Al mismo tiempo oímos en la dirección del campamento un tiro de escopeta, que unido al grito horrible del indio, no contribuyó poco a aumentar nuestra inquietud. Sin embargo, cada uno cogió su fusil, y Dowling, corriendo hacia nosotros, nos contó lo que acababa de pasar. A pesar

de reinar la mayor calma, subí a una altura a hacer un reconocimiento. De repente vi a una cuadrilla de indios que venía hacia nosotros a todo galope de sus caballos. Volví al lado de mis compañeros y nos ocultamos en una hondonada del terreno entre los árboles, decididos a esperar allí al enemigo y defendernos.

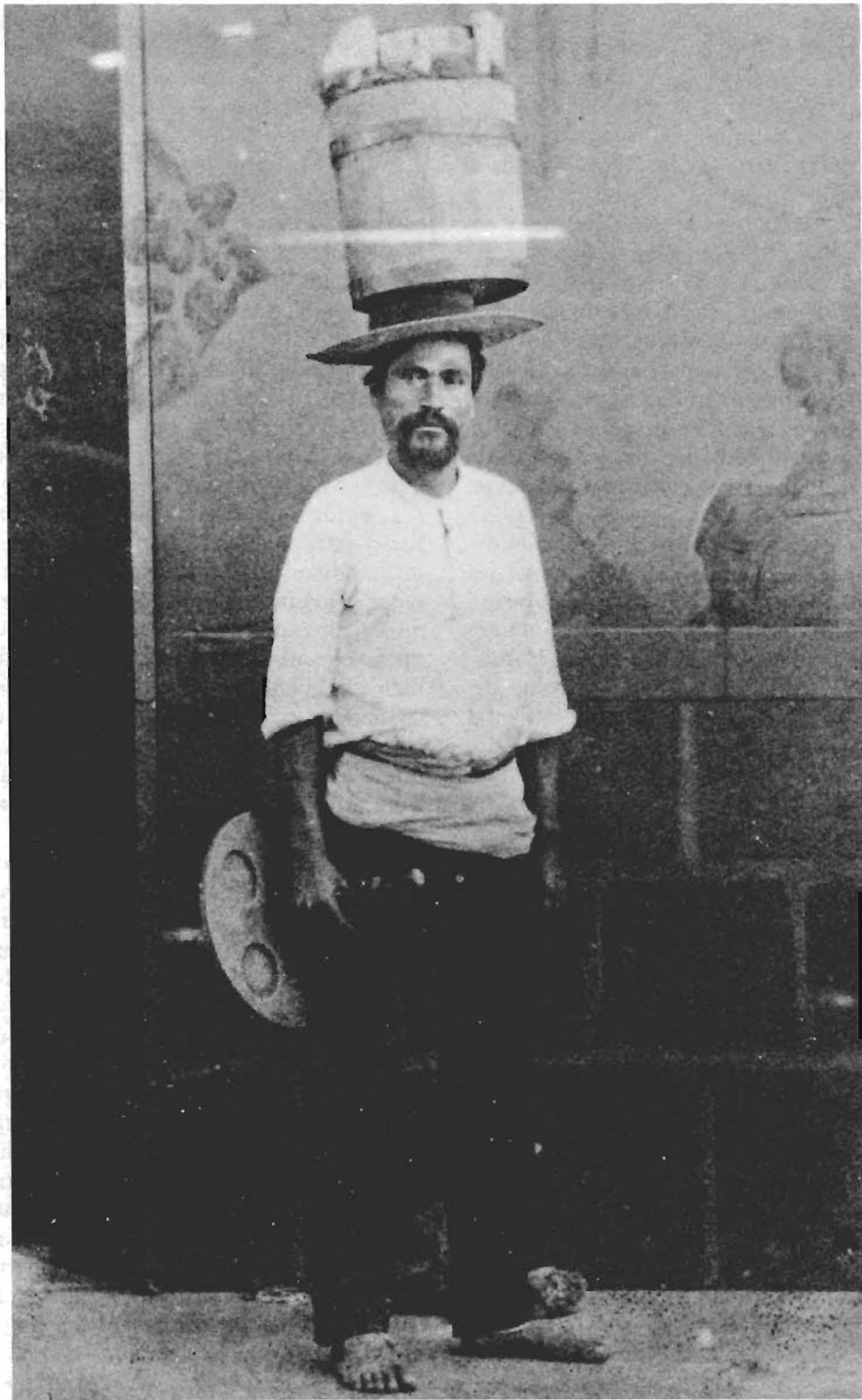
Momento de terrible emoción fue aquel en que oímos muy cerca de nosotros los pasos de los caballos, sin verlos: confieso que temblé de pies a cabeza, y no precisamente de miedo, a pesar de creer que nuestros salvajes enemigos nos iban a destrozar a todos, sino por lo imprevisto y repentino de aquel peligro que no nos daba tiempo a reflexión. Reconvenía ya por mi falta de valor cuando un espantoso grito estalla en el aire a pocos pasos de nosotros, y vimos aparecer cuarenta o cincuenta guerreros indios; todos mis nervios se estiraron como por un sacudimiento eléctrico y al caer en medio de nosotros una lluvia de flechas, fui el primero en contestar a ellas con un tiro, que arrojó del caballo a uno de los indios que más habían avanzado. Habíamos tomado posición detrás de una porción de sauces, que nos protegieron completamente contra las flechas. No tardó en seguir una descarga de tiros a la primera, y cuando se disipó el humo, noté que habíamos hecho muchas víctimas en las filas de los indios, y que éstos recogían a sus heridos para marchar en retirada. En aquel momento apuntaba yo a un anciano que acababa de apearse de su caballo; ya tenía el dedo en el gatillo cuando le vi adelantarse con serenidad, coger en sus brazos a un compañero herido en la pierna, colocarlo sobre su caballo, montar en seguida y salvarse al galope. Aunque estaba convencido que si la suerte de las armas nos hubiese sido contraria aquellos salvajes no habrían perdonado a uno solo de nosotros, no tuve valor para disparar al viejo y le dejé llevarse a su herido, a su amigo, o tal vez a su hijo.

En muy pocos segundos quedó el terreno desocupado; por todo vestigio del combate no se veía allí más que a tres indios ahogados en su sangre, uno o dos arcos, carcaxes vacíos, plumas y tomahawkes esparcidos por el suelo. Dos de nosotros subimos a la altura desde donde había

observando la aproximación del enemigo; viendo después que se retiraban al galope en dirección contraria a la de nuestro campamento, nos decidimos replegarnos a él, temiendo además, como muy probable, encontrar allí a Estory y a José degollados. No sucedió así, gracias a Dios, pues los indios no habían atacado nuestro campamento. El tiro que oímos lo disparó Estory para que nos sirviera de señal; en cuanto a José, tuvo la heroicidad de esconderse zampándose hasta el cuello en el río.

Después de haber curado la herida ligera de Dowling y la más leve aún de D. Luis, lastimado en una mano por una flecha, empezamos a temer por nuestros amigos, que habiendo salido a caza desde el amanecer, aún no habían vuelto. Pasamos el día sin que nada nos anunciase su regreso. A la caída de la tarde disparamos algunos tiros al acaso para avisarles del peligro, que según toda probabilidad les esperaba, y también para hacer saber a los indios que estábamos alerta. Acordamos velar todos aquella noche hasta que volvieran nuestros amigos, a fin de estar más dispuestos a rechazar cualquier peligro que pudiera amenazarles a ellos o a nosotros, pues creíamos que los indios rondarían probablemente alrededor de nuestro campo e intentarían alguna sorpresa. Rendidos al fin de cansancio, no tardamos en dormirnos en torno al fuego.

Me había quedado dormido como los demás cuando me despertó súbitamente un tiro de escopeta, al que siguieron en el acto terribles gritos. En un instante nos pusimos todos en pie, escopeta en mano, esperando ser degollados en pocos minutos. Sin embargo, pronto nos devolvió la confianza el silbato bien conocido de Bradley. Era él en efecto, que volvía con Lacosse y con nuestro viejo guía. ¿Está aquí Macphail? gritaron todos a un tiempo, dirigiendo miradas inquietas alrededor del vivac. Como no le habíamos visto, preguntamos que a dónde se había separado de ellos, y si habían oído el tiro que nos había despertado. Lacosse nos respondió que habían perdido de vista a Macphail hacía cerca de tres cuartos de hora, pero que al principio no habían concebido recelo alguno, imaginando que había tomado la delantera. "La noche está oscura, añadió Lacosse, mas sin embargo es fácil co-



nocer todavía el sendero". En cuanto al tiro que habíamos oído y el grito que le había seguido, nos dijo Bradley que después de haber perdido a Macphail observaron que eran perseguidos por una bandada de lobos, atraídos sin duda por el olor del ciervo que traían a la grupa. Temiendo que los aullidos de aquellos animales llamaran a otros más dañinos, éstos, por ejemplo, les había disparado algunos pistoletazos, con lo que habían conseguido derribar dos en tierra. Probablemente el último tiro fue el que nos despertó, porque nadie había oído más que uno.

Nuestros cazadores se pusieron a preparar su cena, no dudando de que volvería Macphail antes de que estuviese dispuesta. Sin embargo, acabamos de cenar y Macphail no había vuelto. Dejamos pasar una hora más y entonces reflexionamos que nuestro compañero estaba ausente hacía tres horas, y que cuando se le perdió de vista distaba del campamento sólo una hora de camino. Era, pues, evidente que se había extraviado o que le había sucedido alguna desgracia. Resolvimos buscarle a todo trance, si bien dejando un destacamento para guardar nuestro campo. Dowling y D. Luis, que estaban heridos, fueron naturalmente los designados para quedarse. Bradley se excusó por hallarse muy cansado y Biggs quiso hacerle compañía.

Sería la una de la mañana cuando nos pusimos en camino. Media hora de galope nos condujo al sitio donde Macphail había sido perdido de vista. Cuando llegamos allí nos pusimos a gritar con toda la fuerza que nuestros pulmones permitían; pero nadie nos contestó y sólo oímos los aullidos de los lobos hambrientos. Continuamos siguiendo el sendero, anduvimos ocho o diez millas a todo trote de nuestros caballos; pero no pudimos descubrir la menor huella de nuestro compañero. Opinando como nuestro viejo guía, creímos al principio que Macphail había equivocado el camino y seguido el sendero en dirección opuesta al campamento; pero no pudimos encontrar indicio alguno que nos confirmara esta idea, pues las huellas dejadas por los cascos de los caballos, cuando los cazadores partieron aquella mañana a su expedición desorientaban a todo el mundo, incluso al viejo Joe White. Con todo, su vista penetrante descubre de

pronto algunas huellas de las herraduras de un caballo que son más recientes que las de la mañana y corren en dirección contraria a la que nuestros amigos han debido seguir para volver; pero la desgracia hace que estas huellas no pasen del sitio en que nos habíamos detenido a buscarlas. ¿Hacia qué lado se prolongan? La noche es demasiado oscura para que podamos averiguarlo.

Viendo que toda investigación que hiciésemos antes del amanecer sería trabajo perdido, nos resignamos a pedir al sueño algunos instantes de reposo. Nos apeamos, pues, de los caballos, y después de haberles atado a unos árboles nos echamos a dormir, sirviéndonos las sillas de almohadas y envueltos en nuestras capas. Estory y el joven Horry fueron los primeros que se quedaron de centinela; pero aún no habían acabado su servicio cuando desperté sintiendo que me tiraban de la pierna. Al pronto cogí mi fusil, y acaso hubiera causado una desgracia irreparable de no haber reconocido la voz de Estory, que me llamaba por mi nombre. Refirióme que hacía cerca de media hora que estaba observando muchas fogatas sobre las montañas que no debían distar más de media milla, y que había creído conveniente despertar a alguno de nosotros para saber lo que debía hacer.

Salí con él del bosquecillo de sauces donde nos habíamos guarecido y reconocí que había en efecto muchas fogatas sobre las montañas, encendidas probablemente por los indios que nos habían atacado por la mañana. Despertamos a todos, y después de una deliberación general, se decidió que puesto que estábamos bien armados y los indios habían mostrado aquella mañana tanto miedo a nuestras escopetas, procuraríamos, sorprendiéndoles y disparándoles algunas balas, recuperar tres caballos que nos habían robado. En un abrir y cerrar de ojos montamos a caballo y nos pusimos en marcha, tomando el menor ruido que oíamos en el bosque y cualquiera hoja que caía detrás de nuestras cabalgaduras por indicio seguro de los movimientos de algún centinela indio que nos acechaba. Llegamos, no obstante, muy cerca de los fuegos del vivac, sin que la menor cosa nos hiciera creer que habíamos sido descubiertos. Entonces echamos pie a tierra, y atando nuestros caballos a los árboles, los deja-

mos bajo la custodia del joven Horry, recomendándole la mayor vigilancia, y que en caso de suponernos en retirada delante de los indios, diese algunos gritos para que supiésemos a donde dirigirnos y hallar en nuestros caballos los medios de salvación.

En seguida avanzaron con prudencia Malcolm y Bradshaw a la vanguardia y a unos veinte pasos del cuerpo de batalla. Habíase convenido en que los cinco (Lacoste, Estory, el guía, José y yo) que componíamos el centro, formaríamos un semicírculo cuyos extremos serían Malcolm y Bradshaw; que iríamos en este orden de batalla directamente al campo de los indios; que cuando estuviésemos a cierta distancia, haríamos una descarga general y aprovechándonos entonces del desorden que semejante ataque debía producir necesariamente, nos arrojaríamos a los caballos para desaparecer al galope. No estábamos entonces más que a doscientos pasos de los fuegos, cuando nos sorprendió el ruido de un tiro, y casi en el mismo instante oímos un grito agudísimo. Avanzamos, sin embargo, y hallamos a Bradshaw y Malcolm, llevando éste al primero y gritando que nuestro compañero estaba herido y que acudiéramos a socorrerle.

Al oír esta noticia nuestros demás camaradas, no pensando siquiera preguntar de dónde había salido el tiro, corrieron hacia el vivac y se dispusieron a hacer fuego cuando oímos la siguiente interpelación en buen inglés: “¿Quién va?”. Esta voz evitó indudablemente grandes desgracias, pues sorprendidos nuestros compañeros de oír que les hablaban en su propia lengua, se detuvieron, y mientras Malcolm y yo nos ocupábamos de curar la herida de Bradshaw, deliberaron sobre lo que podían hacer. Un tiro había salido del campo, a lo menos ellos así lo creían y tenían por cosa segura que había sido herido alguno de nuestra compañía. Ahora bien: ¿quiénes eran los invasores de aquel campo? No eran indios, puesto que hablaban inglés; siendo más que probable que fuese alguna de esas cuadrillas de merodeadores, espuma de todas las naciones de la tierra, que infestaban el paso de Sierra Nevada.

Estaban aún deliberando cuando fui a decirles que Bradshaw se había herido él mismo disparándosele el arma por un descuido, circunstancia

que Malcolm había olvidado en el primer momento de sorpresa, pero que acababa de decírmela pasado ya su sobresalto. Dije a nuestros amigos que Bradshaw estaba herido gravemente en la pierna, que por pronta providencia le había atado un pañuelo y que acudía presuroso a referirles la verdad para evitar, si era posible, nueva efusión de sangre. Apenas había terminado mi explicación, cuando oímos un gran grito dado por Horry y al cual siguieron, según me pareció al menos, dolorosos gemidos; pero como nadie más que yo los había oído, creí haberme engañado; nuestra gente pensó que no hacía aquél más que cumplir con la consigna, y ya nadie se acordaba de semejante incidente cuando vimos pasar a corta distancia de nosotros muchos caballos corriendo al galope y seguidos de media docena de jinetes indios. Pronto adivinamos la verdad. Habían cortado las bridas de nuestros caballos y se los llevaban. Nos echamos las escopetas a la cara y les disparamos cada uno de nosotros dos balas, y después, en medio de un tumulto de gritos procedentes del campo vecino y de los aullidos de los indios que huían, emprendimos la persecución del enemigo. Al cabo de breves instantes recobramos nuestros caballos; por lo que hace a los indios, habían desaparecido.

Volvimos entonces con nuestras cabalgaduras al sitio donde habíamos dejado a Horry; preciso nos fue buscar largo rato para encontrarle, pero ¡cual sería nuestro asombro cuando lo descubrimos sin movimiento y sin vida, con la cabeza y el rostro horriblemente mutilados! El pobre joven había sido asesinado y sajado después por los salvajes. Sí, sí, decía el viejo White, alguno de esos pícaros lleva ahora su cabellera colgada de la cintura. ¡El diablo me lleve si no atravieso de una bala al primer rojo que encuentre! Es preciso vengarle y yo me encargo de ello.

Cuando me recobré un poco del horror que aquella escena me había causado, me dirigí en compañía de nuestro viejo guía hacia el sitio donde había dejado a Malcolm y a Bradshaw; apenas me atrevía a esperar, después de lo que había visto, encontrarlos vivos. Pero afortunadamente no se realizaron mis temores, pues hallé a los dos como los había dejado. Llevamos al herido del mejor modo que pudimos al sitio don-

de nuestros demás amigos nos esperaban. Allí permanecimos hasta el amanecer, sumergidos en el silencio y en el más profundo pesar. Por lo que hace a mí, faltó poco para que llorase; porque aquel tosco marinero, aquel desertor a quien en otras circunstancias hubiera mirado con desprecio, aquel joven cuya suerte me había sido tan indiferente como si no hubiera existido, había llegado a ser en estos desiertos compañero nuestro e individuo de nuestra pequeña sociedad, cuyos vínculos había fortalecido y estrechado la vida ruda que hacíamos juntos, y no podía yo menos que sentir su pérdida como la de un amigo.

Rayó al fin el deseado día, y después de haber reparado lo mejor que pudimos los arneses de nuestros caballos, nos dispusimos a partir. Envolvimos el cuerpo del pobre Horry en un cobertor y lo colocamos sobre su caballo para llevarlo a nuestro campo, donde queríamos sepultarlo según el rito de la iglesia anglicana. Examiné también la pierna del carpintero y me aseguré con placer que la bala no había interesado afortunadamente ningún hueso. Sufría, sin embargo, agudos dolores de caballo pero no había otro medio de llevarlo a nuestra tienda. Como caminábamos lentamente, pudimos dirigir nuestras miradas alrededor de aquel valle, teatro de todas nuestras desgracias en la noche precedente. Con gran sorpresa descubrimos sobre las colinas, dos carros de emigrados con cubierta de tela blanca. Los caballos de tiro pastaban tranquilamente a pocos pasos de los carruajes. Dispusimos que dos de nosotros se encaminaran hacia aquel lado; pero no encontraron ningún alma, y entonces pudimos explicarnos uno de los misterios de aquella noche. Las fogatas que había tomado al principio por la de un campo indio y después por las de un vivac de bandidos, eran simplemente las de algunos emigrados, que después de haber atravesado Sierra Nevada, se dirigían indudablemente al valle del Sacramento, pero que alarmados con los sucesos inexplicables de la última noche, habían abandonado sus carruajes y ocultándose para sustraerse a los peligros de que se creían amenazados.

Hicimos una batida alrededor del campo, llamándolos a voces, repitiendo en coro y con toda la fuerza de nuestros pulmones: "¡Amigos, ami-

gos americanos!". De este modo queríamos tranquilizarlos si se hallaban al alcance de nuestra voz. Pero no pudimos obtener respuesta alguna y por lo tanto nos apresuramos a incorporarnos con nuestros amigos. Tres horas de marcha empleamos para llegar a nuestro campamento, gozando de antemano, y para consolarnos de nuestros pasados infortunios, del placer que tendríamos en volver a ver a Macphail; pero también por este lado estábamos condenados a la desesperación. No había noticias del paradero de Macphail. Preciso fue ocuparnos en abrir la sepultura del pobre Horry. Luego que lo enterramos, clavamos en el suelo una estaca y en ella grabamos, en caracteres rústicos, el nombre de nuestro compañero y la fecha de su muerte.

27 de agosto. Hemos trabajado mucho esta mañana, pero con poca utilidad. Hemos empleado tres días en reforzar nuestra fortificación, en derribar pinos con mucho trabajo y llevarlos a fuerza de brazo hasta el campamento. Antes de emprender esta obra, el viejo guía, Malcolm y Lacosse volvieron otra vez a buscar a Macphail; pero regresaron en la noche de aquel mismo día (domingo) sin haber encontrado nada. Mis dos heridos se sienten mucho mejor, sirviéndoles más para su curación el aire puro y el régimen, que mi talento médico.

El lunes celebramos consejo para decidir si habríamos de enviar otro destacamento en busca de nuestro amigo; después de nuestra deliberación partió solo el viejo White, llevando víveres para dos o tres días. El martes volvimos a emprender nuestro trabajo de mineros, aunque sin atrevernos a alejarnos mucho de las orillas del río y de los barrancos contiguos a nuestro campo. Sin embargo, si hemos de ser justos, debemos decir que los días de trabajo fueron muy productivos, puesto que cogimos más de cuatro onzas de oro (unos 1,300 reales) por día y por hombre. El miércoles por la mañana volvió el guía a participarnos que sus nuevas investigaciones habían sido tan infructuosas como las anteriores.

Cuando regresamos al campo al anochecer del jueves, después de un día de mucho trabajo, tuvimos el placer de encontrar a nuestro amigo Macphail, a quien creíamos definitivamente perdido. Acompañábanle algunos indios vestidos a

la española y que sin duda habían comprado su nuevo ropaje con el producto de su trabajo en las minas. No hay necesidad de decir que nuestro amigo fue recibido con vivas demostraciones de alegría, y para celebrar su vuelta se sirvió en la cena un ponche de *pisco*.

He aquí su historia: Creyendo haberse adelantado a sus compañeros, había dejado el sendero y llevado a su caballo a beber a un río vecino; enseguida se volvió al camino para esperarlos, pero al cabo de media hora, como no los viese venir, creyó que se había quedado atrás y metió espuelas a su caballo corriendo a galope por el que él consideraba como buen camino. Mas pronto se aperció de que se había perdido, pues no halló el menor indicio del campo ni la huella de sus camaradas. Subió algunas montañas esperando descubrir desde alguna de ellas el valle de los Castores; pero todo fue inútil, pues lo único que pudo ver fue un desierto, un océano de colinas y de gargantas profundas y pequeños valles llenos de pinos y encinas. Entonces se turbó su espíritu y para colmo de desgracia, al atravesar a nado con su caballo un río muy profundo, se le cayó el fusil en el agua y no pudo recobrarlo.

Definitivamente estaba perdido, y como además se hallaba muy cansado, resolvió pasar la noche a campo raso y se acostó sin cenar, envuelto en su capa, sirviéndole de almohada la silla de su caballo. Al despertar a la mañana siguiente se encontró con una nueva desgracia. Su caballo, que había atado la vispera a un árbol, había roto las bridas y desaparecido durante la noche. Siguió sus huellas corto trecho; pero pronto tuvo que renunciar a la esperanza de encontrarle, y todo aquel día y el siguiente anduvo errante por medio de un país estéril y salvaje, lleno de barrancos y precipicios, por cuyo borde tuvo que andar durante millas enteras antes de poder atravesarlos. Y entre tanto, nada tenía que comer, pues aunque veía pasar bandadas de gamos, no tenía escopeta para matar uno. Buscó algunas frutas y raíces; pero se vio reducido a alimentarse sólo con yerba y de los retoños de los árboles.

Horrible era su situación. El tiempo pasaba sin que se vislumbrase la menor probabilidad de mejorar su suerte; fue al fin, acometido de algunos dolores de vientre y de náuseas horribles, sintién-

dose tan débil que apenas podía sostenerse en pie. Finalmente, al tercer día, cuando se puso el sol, se dejó caer sobre la yerba sumergido en un profundo abatimiento del que no esperaba salir sino con los dolores de la agonía. Tal era su estado cuando lo encontraron los indios que lo han traído a nuestro campamento. Preciso es confesar que se han conducido con él con suma humanidad y delicadeza, pues no le permitieron comer al principio sino muy poco, porque en el estado de debilidad en que se hallaba habría sido muy funesta una indigestión. Cuando el estómago recobró poco a poco su fuerza, los indios le dieron víveres en más cantidad; y después de haber acampado con ellos aquella noche y la siguiente, se encontró con fuerzas para volver al campamento. Excusado creemos referir la buena acogida que daríamos a aquéllos buenos indios, los cuales se separaron de nosotros a la mañana siguiente.

29 de agosto. Hace algunos días que hacemos una vida muy perezosa, lo cual no es extraño porque la excitación a que hemos estado sometidos nos ha dejado incapaces para un trabajo regular y además cada uno de nosotros tiene una causa manifiesta o secreta de inquietud o de tedio. Desde que nos establecimos aquí definitivamente, hará un mes, no hemos trabajado más de cuatro o cinco horas al día, teniendo siempre fuera algún destacamento de cazadores; se ha reducido mucho el número de brazos ocupados. Además, como ya se aproxima la estación de las lluvias, nos veremos obligados a ganar la costa. Yo al menos estoy muy dispuesto a verificarlo en el acto. Las enfermedades se declaran en nuestro campo; tenemos tres enfermos condenados a la inmovilidad. Bradshaw, que está casi curado de su herida, todavía tardará algunos días en restablecerse completamente. Biggs, que acaba de pasar un ataque violento de fiebre, y Dowling, que me inspira serios temores. Además, mi pequeño botiquín está casi agotado; pero gracias a Dios hasta ahora mi salud es excelente.

Nuestras provisiones están expirando. Nos queda muy poca harina y tenemos que recurrir a la caza para vivir, porque la poca harina que tenemos está destinada a los enfermos. Ayer volvieron nuestros cazadores sin traernos más que un gamo de cola negra y algunas liebres; sin em-

bargo, siguen abundando las calandrias. Lacosse y el viejo White se han ofrecido a ir a buscar al fuerte de Suter todos los víveres que necesitamos durante la estación de lluvias. Creo que se ha decidido que partirán mañana.

1o. de septiembre. Hase empezado a debatir entre nosotros la cuestión de si será prudente conservar en nuestro poder la cantidad de oro que hemos reunido, puesto que a cada instante pueden sorprendernos los indios, que atraídos por nuestras riquezas, no darían cuartel a ninguno de nosotros. Ha corrido entre las tribus el rumor de que con ocre, que tanto codician los indios, se puede obtener no sólo objetos de vidrio, botones, tejidos, sino también mosquetes, pólvora, balas, cobertores, escarlata y en fin, ese maldito aguardiente que tanto gusta a aquellos desgraciados. Los unos opinan que debemos conservarlo todo, vigilando incesantemente hasta que tengamos que volvernos juntos a San Francisco. Bradley y D. Luis son de opuesto parecer y se ofrecen a llevar ellos mismos el tesoro común hasta San Francisco y hasta Monterey, donde lo pondrán a nombre de todos en casa de un comerciante. A mí no me gusta esta precipitación porque la cantidad total es demasiado considerable para que no tiente la codicia de muchos que podrían desaparecer con ella; además sería peligroso enviarla sin una fuerte escolta. Hoy nos hemos puesto a media ración, porque nuestros víveres están agotados.

2 de septiembre. Parece que casi toda la compañía es de opinión que debe aceptarse la proposición de Bradley. Los más tímidos pretenden que con tanto oro estaremos siempre en peligro, hasta el momento en que las lluvias nos obliguen a partir, es decir, dentro de dos meses. Es lástima que no hayamos enviado nuestro oro al capitán Suter por medio de Lacosse y el viejo guía.

Domingo 3 de septiembre. Bradley ha renovado su proposición y quiere partir mañana con D. Luis y José. Estory es de opinión que debe acompañarlo una escolta hasta el valle del Sacramento. Pero con gran sorpresa nuestra, Bradley y D. Luis han combatido esta opinión considerando la precaución como absolutamente inútil.

Ayer tarde aproveché una ocasión para hablar particularmente con Malcolm y Macphail de la

proposición de Bradley. La ocasión nos trajo a la memoria una circunstancia en la que hasta entonces no habíamos pensado, y era que ninguno de nosotros había visto el recibo del capitán Suter por el oro que Bradley debió entregarle en nuestro nombre. Convenimos en hablar de este asunto en la coyuntura que se presentase, la cual no se ha hecho esperar mucho puesto que hoy mismo durante el almuerzo ha preguntado Malcolm a Bradley, sin valerse de rodeos, si le había dado recibo el capitán.

—Sí, sí— respondió Bradley; pero al mismo tiempo nos anunció dejándonos sorprendidos que lo había quemado por distracción al encender un cigarro al volver al Werber's Creek, añadiendo que así lo había manifestado a D. Luis el día mismo en que llegó al campamento. Malcolm, Macphail y yo nos dirigimos una mirada de inteligencia; sin embargo, creímos, hasta estar mejor informados, deber aceptar la historia de Bradley, proponiéndonos entretanto, durante un corto paseo que dimos después de almorzar alrededor del campo, rechazar la nueva proposición de Bradley, al no ser designado cualquiera de nosotros a acompañarle.

Después de comer suscitó otra vez la conversación sobre el asunto que a todos nos ocupaba, anunciando que si se aceptaba la proposición de Bradley, Malcolm quería formar parte del destacamento, y como era preciso alegar un pretexto para este viaje, añadí que pensaba yo encargarle ciertas compras de drogas en San Francisco a causa de haberse agotado mi provisión. Confieso que no estuve muy acertado en la invención, porque nada más fácil que Bradley y D. Luis se encargasen de hacer estas compras. Por fortuna acudió Malcolm en mi auxilio, diciendo que tenía ciertos asuntos pendientes en San Francisco para lo que deseaba ver a cualquiera de los capitanes de buques que pudieran hallarse allí a la carga para el Oregon, donde había dejado parte de su familia. Bradley dirigió una mirada de inteligencia a D. Luis y dijo enseguida que era difícil hallar en esta estación en San Francisco buques de carga para el Oregon; pero Biggs, que sabía más que todos nosotros sobre los movimientos de los buques, replicó que podía asegurar que habría algunos próximos a salir. Esta discusión

que cada vez se iba acalorando más, no terminó sino cuando Estory y Macphail dijeron a Bradley que teniendo Malcolm asuntos de qué tratar en San Francisco, no comprendían ellos la razón que pudiera impedirle marchar al mismo tiempo que Bradley.

Como a esta objeción no había nada que oponerle, se decidió al fin que partieran los tres el día 5 (martes). José se quedará con nosotros en el campo.

El trabajo de esta semana ha sido productivo, sobre todo si se considera que tenemos dos ausentes y tres enfermos. Hoy ha estado el cielo muy nublado, pero según dicen no debemos temer las lluvias hasta dentro de un mes, lo más pronto.

5 de septiembre. Como estaba convenido, esta mañana ha partido el destacamento. Nos levantamos antes de rayar el día, almorzamos y nos hallábamos a caballo cuando el sol comenzó a aparecer en el horizonte. Por sugestión mía, Malcolm ha tomado el caballo mejor y él es también quien lleva la parte mayor del oro, al paso que D. Luis y Bradley sólo llevarán en sus pistoleras toda la cantidad que quepa en ellas.

Hemos creído preferible esto a poner todo el oro sobre un caballo de mano, que retardaría inevitablemente a los viajeros y les impediría llegar a los campamentos del Sacramento antes de la noche. Bradley y D. Luis se encargaron de llevar cada uno dieciocho libras de oro; Malcolm, que no tenía más bagaje que un par de pistolas sujetas a la cintura, cogió cerca de setenta libras. Para fatigar todo lo menos posible al caballo de Malcolm, tres de nosotros, designados para escoltar el destacamento por espacio de algunas millas, debíamos durante este tiempo llevar quince libras de oro. Componíamos esta escolta Estory, José y yo.

Partimos pues, y como era preciso que la escolta volviera aquella misma tarde al campo, convenimos en que al medio día, poco más o menos, nos separaríamos del destacamento. Empezamos nuestro viaje atravesando un país abierto; después subimos algunas colinas pedregosas y coronadas de pinos gigantescos y por último bajamos a un fértil valle al que daban fresca sombra multitud de cedros magníficos. A las 12 del día hicimos

alto en una pradera regada por un riachuelo, cuyas márgenes estaban cubiertas de sauces. Después de haber atado bien a nuestros caballos, nos sentamos a comer al pie de un enorme peñasco de granito. Apenas habíamos acabado nuestra frugal comida, cuando la conversación fue interrumpida de pronto por el ruido de piedras pequeñas que caían hasta nosotros desde lo alto de la roca. Pusímonos inmediatamente en pie, imaginando que sería un oso que nos acechaba y acaso esperaba desayunarse a nuestras expensas. Bradley y Malcolm se dirigieron hacia aquel lado esperando a su vez poder dar buena cuenta del huésped inoportuno; mas cualquiera que éste fuese, estuvo más alerta que ellos porque al llegar a la cumbre de la roca oyeron a buena distancia el ruido que hacía el enemigo saliéndose por entre espesos matorrales que se extendían entre nosotros y un riachuelo que acabábamos de pasar; como el camino era demasiado molesto, desistieron de perseguir al animal, y ya iban a bajar adonde estábamos cuando Bradley reconoció huellas de pasos. Buscando, se descubrieron otras más frescas, que no podían ser de osos ni de ninguno de nosotros, pero que atribuimos a algunos indios merodeadores que tal vez querían sorprendernos. Nuestros amigos se apresuraron a comunicarnos esta noticia, y decidimos que puesto que nuestros mensajeros se hallaban a muy pocas horas de distancia del Sacramento, no se atreverían los indios a atacarnos y por consiguiente era casi inútil que los acompañáramos más lejos. Empero, al despedirnos, no pudimos resolvernos a abandonarlos y anduvimos algunas millas más con ellos. Después, dándoles buenos apretones de manos, acompañados por mil votos por su próspero viaje, volvimos brida para tomar el camino de nuestro campamento.

A pesar nuestro, pensando en el incidente de la mañana, tomamos nuestras precauciones al volver a pasar por el sitio donde nos habíamos detenido a comer, cuando al cabo de pocas horas y después de una carrera fatigosa, nos encontramos seguros en el campamento. Nos felicitamos por haber terminado el día sin nuevo tropiezo. La noche fue muy alegre en el campo, y doblamos la ración de whisky, que bebimos a la salud de nuestros amigos y a su pronto regreso.

(Aquí se halla momentáneamente interrumpido el diario, porque la importancia de los acontecimientos que siguieron había embargado demasiado el ánimo del autor para que pudiera continuar su narración con la regularidad acostumbrada).

Muchas semanas han transcurrido sin que me haya sido posible, por falta de tiempo, trabajar en este diario.

En la tarde del 5, cuando mis compañeros conversaban alrededor del fuego y yo estaba entretenido en escribir, fuimos de repente interrumpidos por un silbido que creí reconocer: “¡Ese es Bradley!”, exclamé. Los demás, considerando esto como imposible y temiendo alguna astucia de guerra, corrieron a coger sus armas. Sin embargo, otro silbido vino de pronto a probarme que no me había engañado. Un momento después llegaba Bradley a todo galope, seguido de D. Luis; pero Malcolm no venía con ellos.

—Amigos míos, exclamó Bradley, tengo que comunicaros una noticia terrible: la mayor parte de nuestro oro se ha perdido, y lo hemos perdido sin esperanza de recobrarlo.

—¡Perdido!, exclamé, sospechando una traición por parte de Bradley y D. Luis. ¡Perdido! ¿Y cómo? No lo creo, no lo creeré jamás.

Bradley me lanzó una mirada de cólera, pero nada contestó.

—¿Dónde está Malcolm?, pregunté.

—Ha muerto, dijo Bradley; a lo menos así temo que haya sucedido.

—¡Dios mío! exclamé, añadiendo en voz baja, como si hablara conmigo mismo: en ese caso tú eres quien le ha asesinado.

Noté que Bradley examinaba alternativamente todos los semblantes, y como mis miradas seguían a las suyas vi la cólera y la desesperación en todas las fisonomías. También él debió observarlo, porque en toda la noche no habló una palabra, siendo D. Luis quien se encargó de darnos la siguiente explicación del misterio.

Contó, pues, que en cuanto se separaron de nosotros pusieron sus caballos al trote para llegar más pronto a sitios más agradables y seguros que los que acabábamos de dejar. Varios indicios les hacían suponer que los indios merodeadores exploraban el campo en torno a ellos, y como

el país que atravesaron no ofrecía en sus gargantas y barrancos más que sitios favorables a gentes de su estofa, esperaban con impaciencia el momento de llegar a campo raso. Por espacio de algunas millas tuvieron que atravesar montañas cortadas por valles, y cuando subían una cadena poco elevada, que en su concepto era la última que los separaba del Sacramento, observó D. Luis —que iba adelante de Bradley y de Malcolm— salir un hombre a caballo de un bosquecillo que dejaban a la izquierda. En menos de un instante, se presentó otro jinete, y antes de que D. Luis hubiese podido dar la voz de alarma, aquel jinete, que parecía ser un indio, levantándose sobre su silla, arrojó su lazo gran trecho y con aquella destreza propia de los indios fue a arrollarse alrededor de la cabeza y hombros de Malcolm. D. Luis, que lo había visto todo, se apeó al punto de su caballo y cogiendo su escopeta disparó al indio una bala, precisamente en el momento en que huía éste a galope. La bala hirió al caballo en la cabeza, se paró un momento y en seguida rodaron juntos animal y jinete; en tanto Malcolm, no pudiendo resistir el impulso del lazo, se arrojó también al suelo. Bradley, que no sospechó el peligro sino cuando oyó silbar el lazo, había echado pie a tierra y guareciéndose con su caballo disparó, como D. Luis, un tiro al enemigo. Su escopeta, que nunca le fallaba, derribó en tierra a uno de sus agresores, de tez cobriza y cubierta la cabeza con sombrero mexicano. En un abrir y cerrar de ojos, llevaron sus caballos detrás de las rocas que los protegían contra los tiros del enemigo, y desde allí vieron cuatro hombres que avanzaban sobre ellos al galope. Sin embargo, D. Luis y Bradley, acostumbrados hacía mucho tiempo a esta clase de aventuras, se echaron en el suelo y cargaron sus armas. D. Luis fue el primero que disparó, pero sin resultado. Cuatro tiros le respondieron en el acto, y las balas pasaron silbando por encima de su cabeza y de la de Bradley, que disparó entonces su escopeta.

Podría creerse, decía D. Luis, que la bala se había dividido en cuatro para herir a cada uno de nuestros enemigos, porque se les vio volver brida inmediatamente y ponerse a salvo, llevando consigo el caballo de Malcolm, que no volvimos a ver más.

D. Luis añadió que tan pronto como se encontraron dueños del terreno, dejaron su abrigo y se pusieron a buscar a Malcolm, que yacía en tierra con los brazos y el cuello embarazados y sujetos con el lazo, y sin dar señal alguna de vida. Con todo, muy en breve se apercibieron de que todavía respiraba pero que había sido horriblemente estropeado bajo los cascos de los caballos de los ladrones. Sacando Bradley su cuchillo de monte, cortó el lazo procurando enseñar a su amigo, pero éste se hallaba incapaz de sostenerse en pie y aún no había recobrado el conocimiento. En aquel momento nueva alarma al oírse gran ruido de voces; causábale una cuadrilla de hombres a caballo que llegaban al galope y venían al parecer del Sacramento. Creyéronse, por lo pronto, perdidos; pero muy luego supieron con gran satisfacción que aquellos hombres eran mineros, que al oír los tiros habían acudido a su socorro. D. Luis pensaba que los ladrones habían visto venir a aquellos defensores inesperados y que esta circunstancia, más bien que los tiros disparados por Bradley, les había obligado a huir tan aceleradamente. Encontraron el caballo del indio y el lazo atado todavía a la silla. En cuanto al jinete, había podido sustraerse a todas las investigaciones, a pesar del deplorable estado en que debía ir, pues D. Luis le había visto caer debajo del caballo. El cuerpo del ladrón derribado por Bradley yacía también en tierra; pero no era ya más que un cadáver inanimado, pues la bala le había atravesado el pecho y el corazón de parte a parte. Algunos mineros del país reconocieron en él a un soldado desertor del ejército de California, llamado Tomás María Carrillo, bandido de la peor especie, aliado hacía algún tiempo a una cuadrilla de merodeadores cuya industria se reducía a despojar a cuantos mercaderes, mineros o rancheros pasaban al alcance de sus carabinas. La cuadrilla había abandonado la costa, primer teatro de sus hazañas, para venir a buscar fortuna en las inmediaciones de las minas; y a juzgar por lo que cuenta uno de los mineros del número de robos cometidos, su campaña debió ser muy productiva.

Nuestro primer pensamiento, continúa D. Luis, fue cuidar del pobre Malcolm, y el segundo perseguir a los ladrones. Pero para cuando para

este proyecto pedimos auxilio a nuestros nuevos amigos, nos respondieron con una terminante negativa. La curiosidad, único motivo que indudablemente los había llevado cerca de nosotros, estaba ya satisfecha; pero no pude menos de indignarme al verlos volver bridas y dejarnos abandonados con nuestro amigo moribundo, sin querer escuchar los ruegos que les hacíamos para que nos socorrieran. No; debían volverse a sus trabajos, explorar, cavar y lavar, y nosotros darnos por muy contentos de que su llegada nos hubiese salvado la vida: tal fue el texto de su respuesta, porque los devora de tal modo la sed del oro que no pueden consagrar ni un momento al más simple deber de la caridad cristiana: esto sería perder el tiempo. En fin, añadió D. Luis, gracias a nuestra obstinación y a la promesa que les hice de pagar sus servicios al precio que pidieran, conseguí que me escucharan, prometiéndome de ellos volver dentro de una hora con una litera para trasladar a Malcolm a su campamento.

Trajeron en efecto la litera, hecha de ramas de árboles atadas y de cobertores. Acostamos en ella a Malcolm, y lo trasladamos a la cabaña de una pobre pero excelente mujer del país que nos prometió cuidarle mientras veníamos aquí a pedir los socorros necesarios.

A mis preguntas contestó D. Luis que probablemente nuestro amigo no había sufrido fractura alguna, pero que las contusiones eran graves y que la carne estaba desgarrada en muchos sitios. Como no podía pensar en ir a verle en medio de las tinieblas de la noche porque era más que probable que perdiera el camino, me resigné a esperar la luz del día.

Todo el tiempo que duró la narración de D. Luis no pensé ni un momento siquiera en el oro que habíamos perdido, sino solamente en mi pobre amigo. Sin embargo, al concluir la narración observé que muy pocos de nuestros asociados abrigaban los mismos sentimientos que yo; así es que D. Luis se vio acometido de preguntas amargas, insolentes a veces, y únicamente relativas al tesoro perdido, a las cuales contestó diciendo que ya sabíamos todos que Malcolm llevaba en su silla la parte más considerable del oro. Por consiguiente, al llevarse los ladrones el caballo se llevaron también nuestra riqueza.

—Debemos darle gracias al doctor por este golpe de fortuna, murmuró Bradley. Aunque yo no opinase enteramente como él, sin embargo no podía menos que reconocer que mi desconfianza había sido la causa de las disposiciones tomadas para la traslación de nuestro tesoro y de hecho podía atribuir a esta causa la muerte de nuestro amigo.

Pensé entonces en la desgraciada mujer y en los hijos que había dejado en el Oregon, con quienes esperaba reunirse pronto llegándoles una regular fortuna, y que los infelices iban a esperar ahora inútilmente su regreso. Muchos de nosotros pasamos la noche de pie agrupados alrededor del fuego, unas veces sumergidos en el silencio de la desesperación y otras prorrumpiendo en imprecaciones sobre la suerte; y cuando los primeros albos del día aparecieron sobre la cumbre de las montañas nevadas, no alumbraron sino rostros irritados o tristes, desanimados y hastiados de cuanto les rodeaba.

En la mañana del 6, después de un tristísimo almuerzo, me ocupaba en ensillar mi caballo para ir a ver al pobre Malcolm, cuando D. Luis me informó de que la mayoría de nuestros compañeros era del parecer que debía repartirse el oro que todavía nos quedaba y disolver en seguida la sociedad, dejando a cada uno la libertad de volver al país habitado o continuar el trabajo si es que se hallaba con fuerzas y valor para ello. Ninguna objeción tenía que hacer a esta proposición. Así pues, reunimos y pesamos el oro, encargándose Bradley de la parte de Lacosse y yo de llevar a Malcolm la suya. En fin, teníamos aún muy cerca de cuarenta y dos libras de oro, que repartidas entre todos tocaron a cada uno cuatro libras y dos onzas, estimadas en setecientos duros. Con los seiscientos cincuenta que tenía yo que reclamar por mi parte del oro depositado en manos del capitán Suter, y añadiendo lo que me tocaba también de la venta de los *cradles* y del producto de nuestro trabajo en los Mormont Diggings antes de que Lacosse y Biggs fuesen nuestros asociados, me quedaban todavía más de mil quinientos duros.

Buena parte de la mañana se pasó en disputas sobre la distribución del oro. Por lo que hacía a mí, ninguna parte tomé en ellas y me contenté

con lo que me dieron. En seguida llamé aparte a Macphail y le pregunté lo que pensaba hacer, y me respondió que si los demás querían seguirle trataría de perseguir a los bandidos que nos habían robado. Echaba mucho de menos al viejo guía, persuadido de que, dirigidos por él, acabaríamos por echar mano de los bandidos. No pudiendo dirigirme solo a donde estaba Malcolm, perdí todavía algún tiempo suplicando a alguno de nuestros antiguos asociados que me escoltasen. Al fin partimos en compañía de D. Luis, José, Bradley, Macphail y yo. Biggs, que estaba enteramente restablecido, quiso esperar todavía algunos días más. Ni Bradshaw ni Dowling se hallaban todavía en estado de ponerse en camino. Estory tomó el partido de aguardar a que estuviesen completamente restablecidos para que le acompañasen. Mucho me disgustaba ver que se quedaban detrás cuatro hombres, de los cuales dos o tres a lo más estaban capacitados para defenderse en caso de ataque. Sin embargo, parece que no creían en el peligro; pero aun cuando lo hubiesen tenido, es probable que no encontrasen la menor simpatía porque casi todos nosotros nos habíamos vuelto egoístas.

Sería la una del día cuando estábamos listos para partir. Conducíamos dos caballos de carga para llevar las tiendas y algunos utensilios de cocina. Nuestros bagajes personales iban empaquetados sobre las sillas. Bradley y D. Luis abrían la marcha. José seguía con los caballos de carga, y Macphail y yo cerrábamos la retaguardia. Aún no habíamos andado cuatro millas cuando descubrimos dos hombres a caballo que venían hacia nosotros: eran Lacosse y el viejo guía, de cuyos labios oímos también malas nuevas cuando les preguntamos por qué habían permanecido tanto tiempo en el fuerte de Suter y por qué no traían provisiones.

Lacosse nos contó que al día siguiente de su partida habían llegado sin obstáculo al fuerte Suter, donde se establecieron por la noche. La harina había subido a ochenta y cinco duros barril, y en la misma proporción se habían encarecido todos los comestibles. A pesar de esto, compraron harina y partieron aquel mismo día. Al llegar la noche acamparon en las orillas del Sacramento, cerca de su confluente con el río de

las Plumas. A la mañana siguiente se pusieron en camino y anduvieron veinticinco millas, plantando su tienda por la noche cerca de un campamento de mineros. A la noche siguiente se establecieron al lado de otro muy numeroso, donde creyeron excusada la vigilancia garantizados como estaban por la misma multitud; pero al despertar por la mañana, habían desaparecido los caballos de carga y las provisiones.

No les quedaron más que los caballos de silla, y como las huellas que había alrededor del campo eran muy numerosas, conocieron que era inútil pensar en perseguir a los ladrones.

Recorriendo las tiendas para tomar informes, en todas ellas fueron recibidos de la manera más atenta. Nadie sabía nada de sus caballos ni de sus bagajes; pero un americano de fuerte musculatura y talla gigantesca les amenazó con dispararles a cada uno una bala si no se apresuraban a dejar la choza donde estaba él más bien atrincherado que alojado.

A tan bárbara insolencia respondió Lacosse con algunas palabras que atrajeron a muchas personas, y por una de ellas supo que aquel mismo hombre había matado ya a dos personas desde que se había instalado en ese sitio, y que era el terror del campo. Con semejante noticia creyeron prudente retirarse y por la noche tuvieron buen cuidado de establecerse lo más lejos posible de la fraternidad de los mineros.

Nosotros también contamos nuestros infortunios. Lacosse estaba desolado, y nos dijo que iba a buscar su equipaje al fuerte, y que después se reuniría con nosotros en el de Suter, para ver si había medio de salir en persecución de nuestros ladrones y hacerles soltar lo robado. El guía se ofreció a acompañarle, y se convino en que Bradley o Macphail esperarían su regreso en casa del capitán Suter.

Hasta la tarde siguiente, y después de haber pasado una noche muy fría a la intemperie, llegué a la rústica cabaña donde se hallaba el pobre Malcolm. Tuve la felicidad de encontrarle bastante restablecido, en términos de poder sostenerse en pie y tomar algún alimento.

A excepción de las dolorosas contusiones de que estaba lleno su cuerpo y una ligera herida en la pierna, apenas le quedaba resto de su pasa-

da enfermedad. El día anterior había tenido un ataque fuerte a la cabeza; pero algunas horas de sueño tranquilo durante la noche le habían despejado completamente. Después de haber hecho y mandado lo que me pareció más conveniente, volví a dejarlo al cuidado de aquella buena mujer, que así me lo suplicó.

Aún no había amanecido cuando me senté a la cabecera de su cama a esperar que despertase. Otra noche de descanso y sueño tranquilo había aumentado su mejoría. A las 12 se separaron de nosotros D. Luis, Bradley, Macphail y José, y prosiguieron su camino hacia el fuerte de Suter. Prometí incorporarme pronto a ellos si Malcolm seguía bastante aliviado como para no necesitar ya de mis servicios.

Pasé pues, todavía algunos días al lado de Malcolm, empleando mis ratos de ocio en visitar a los mineros, pero sin deseos de tomar parte en sus trabajos. Las fiebres eran muy comunes entre ellos; lo menos dos terceras partes de las personas establecidas en aquel campo estaban incapacitadas de salir de sus tiendas, y la otra tercera parte era demasiado egoísta para cuidar de los heridos. Los casos de muerte se sucedían con harta frecuencia; pero los vivos no pensaban siquiera en sepultar los cadáveres de sus camaradas, y los dejaban expuestos a la voracidad de los lobos.

Hallándose Malcolm en tan buen estado de salud, que ya era inútil mi asistencia, lo dejé al cuidado de sus excelentes huéspedes, la india y su marido, cuya bondad formaba notable contraste con el egoísmo de hierro que hacía insensibles todos los corazones que los rodeaban.

Yo viajaba a jornadas muy cortas siguiendo las orillas del Sacramento, visitando los campos de los mineros, y en todas partes hallaba enfermos en gran número, y en todas me decían que no había seguridad para las personas ni para las cosas, pues apenas se presumía que un hombre había reunido una gruesa suma, le vigilaban y le seguían la pista hasta encontrar la ocasión de hacerle desaparecer.

Había pocos asesinatos conocidos; pero la mayor parte desaparecían sin que nadie pudiera explicar la causa de su ausencia. Se habían visto cadáveres flotando sobre el río, circunstancia que parecía explicar necesariamente la perpetra-

ción de horribles crímenes, pues era averiguado que los mineros más pobres habían reunido, sin embargo, la cantidad de oro suficiente para despertar la codicia, y era uso corriente en las minas llevar siempre cada uno su tesoro consigo. Por otra parte, los víveres estaban extremadamente caros y lo mismo sucedía con la ropa, así es que la mayor parte de los mineros estaban cubiertos de harapos, viéndose muchos de ellos alrededor de algunas barracas construidas de tierra y ramas de árboles donde se vendía el aguardiente a duro la gota.

Yo he visto un grupo de estos infelices andrajosos, padeciendo casi todas fiebres intermitentes, dar este precio exorbitante por cada vaso que bebían de este licor infernal, que no hacía más que agravar su enfermedad y aproximarles a la muerte.

Me enseñaron al americano que había tratado a Lacosse de una manera tan brutal. Decíase que había recogido oro en cantidad de más de dieciséis mil duros; así que en cada persona que se acercaba a hablarle veía él un enemigo que quería robarle su tesoro. Las personas que había matado eran, según todas las probabilidades, ladrones: el uno desertor de la guarnición de Monterey y el otro perteneciente a una cuadrilla de bandoleros como la que había saqueado a nuestros amigos.

Cuando llegué al fuerte de Suter encontré ahí a Lacosse, y supe por el capitán que el jefe de la gavilla que nos había robado se había presentado en la costa hacía diez días, y que se llamaba Andrés Arsujo. Pusímonos al punto en camino para reunirnos con nuestros compañeros D. Luis, Bradley, Macphail y José, que iban siguiendo la pista a los ladrones; habían ya pasado por el fuerte en dirección a San Francisco, donde los encontramos, y nos dijeron que en todo el camino no habían cesado de adquirir noticias de Andrés —“el capitán”, como le llamaban— pues era demasiado conocido como para que no dejara huella por donde quiera que pasase.

(Cuando nuestros amigos llegaron a San Francisco, su primer cuidado fue averiguar si había salido recientemente algún buque, y supieron con satisfacción que no había en la rada un solo barco que tuviese a bordo la gente necesaria para

darse a la vela, pues todos habían sido abandonados más o menos por sus tripulaciones.

Supieron además que Andrés y su cuadrilla habían hecho diligencias para embarcarse, ofreciendo al capitán de una goleta mil duros si los llevaba a cualquier puerto de la República Mexicana, en cuyo caso se comprometían además, a hacer el servicio durante la travesía. El capitán rechazó todas estas ofertas.

Nuestros viajeros pensaron entonces en dirigirse al alcalde primero y pedirle medios para prender a los ladrones, que debían hallarse en algún pueblo de la costa; pero este magistrado había partido, como la mayor parte de sus administrados, para el *gold district*. El alcalde segundo estaba también ausente por el mismo motivo. En fin, no quedaba un solo agente de justicia en San Francisco, y nuestros amigos tomaron el partido de ir a Monterey, adonde creían probable que se hubieran dirigido los ladrones para buscar un buque en qué embarcarse.)

Lacosse y yo resolvimos acompañar a nuestros amigos, y sin más dilación partimos todos, resueltos a abreviar la distancia marchando con toda la celeridad que nuestros caballos permitieran. Al llegar a la ciudad supimos que habían estado allí Andrés y su gente, y que uno de sus hombres había sido arrestado como desertor de la guarnición. D. Luis y yo fuimos inmediatamente a ver al coronel Mason, y después de haberle informado de cuanto nos había sucedido, nos dio una orden para que nos dejaran ver al soldado en su prisión. Vímosle en efecto, y prometiéndole bajo nuestra palabra de honor no perseguirle por la parte que hubiese podido tener en el robo de que habíamos sido víctimas, logramos que nos refiriese todas las circunstancias relativas al mismo, diciéndonos además, que Andrés y dos de la cuadrilla, cargados con nuestro oro, debían haber tomado la caravana anual que viene de Santa Fe de Nuevo México a California a comprar caballos.

Al incorporarnos a nuestros compañeros, resolvimos después de una madura deliberación marchar al día siguiente en persecución de los ladrones. Así lo participamos al coronel Mason, quien nos contestó que nos daría una buena escolta si por desgracia no estuviese plenamente

convencido de que esos hombres desertarían a la misma puerta de la ciudad para ir a las minas.

(Marchan al fin, y después de cuatro días de camino, en que dejaron extenuados a sus caballos, saben que los ladrones —pues eran exactas las noticias del desertor— llevan más de cuarenta leguas de delantera. Sin caballos, sin guía, por medio de desiertos donde tendrán que habérselas con indios, los desgraciados mineros resuelven volver a Monterey considerando ya todo trabajo perdido.)

Cuando volvimos a Monterey, nos establecimos en una posada que, aunque mala, era la mejor que había en la ciudad, y al día siguiente arreglamos la distribución del oro que Bradley había llevado al capitán Suter y que éste había enviado a Monterey a nuestra orden. Aquella misma tarde tuvimos una comida de despedida, animada por la más triste alegría que se puede imaginar, y la mañana siguiente nos separamos definitivamente, después de haber hecho mil protestas de eterna amistad.

D. Luis volvió a su linda habitación y Bradley partió para San Francisco; en cuanto a los demás, ignoro lo que ha sido de ellos, lo único que sé es que al despertarme al día siguiente me hallé solo.

Después de almorzar, salí a dar un paseo por la población y vi que estaba desierta como la de San Francisco, pues todo el mundo había emigrado a las minas abandonando negocios, buques, tiendas y almacenes. Los que quedan son personas que hacen comercio muy lucrativo que exige la presencia del dueño o bien comisionados, que sólo por un salario exorbitante han podido comprometerse a no salir de la ciudad. Sin embargo de esto, y a pesar de lo muy subidos que están los salarios, es muy difícil encontrar criados.

Según me ha dicho el coronel Mason, en el espacio de dos meses no han podido hallar los oficiales de la guarnición de Monterey persona que les sirva, viéndose obligados para comer a guisar ellos mismos, en cuyo oficio alternaban todos, sin exceptuar el coronel.

(Aquí termina el diario del doctor, diario que ha llegado a Europa acompañado de una carta que puede considerarse como la moralidad de la aventura. Esta carta está dirigida por el autor a su hermano.)

(He aquí los principales párrafos de la carta. . .)

Monterey, 11 de octubre de 1848.

Mi querido Jorge:

Aprovecho la salida de un correo, despachado por el coronel Mason, gobernador de la California, para contarte todo lo que me ha sucedido en los cinco meses que no te he escrito. Mucho antes de recibir mi carta, habéis sabido en Inglaterra los acontecimientos extraordinarios que aquí han pasado. En mi última te hablaba de mi frustrado proyecto de establecimiento en el Oregon, y de mi intención de dejar este país detestable y estéril en la primera coyuntura que se presentara. Un amigo, de quien ya te he hablado, Malcom, escocés y agricultor hábil, deseaba trasladar su establecimiento a California, país cuyo suelo pasa a los ojos de cuantos lo han visitado por extraordinariamente fértil. Habíamos oído hablar de la guerra que los Estados Unidos hacían a México, y Malcolm logró persuadirme de que le acompañase a San Francisco, donde podría obtener un empleo en las tropas americanas. Hicimos el viaje juntos, y el diario que te acompaña te dirá lo que nos sucedió.

Te aseguro que no hay exageración en cuanto hayas leído acerca de las minas de oro del país. Es efectivamente cierto que los primeros viajeros han descubierto un nuevo Eldorado; mas cuáles sean las consecuencias de este descubrimiento no sólo para el país sino para el mundo entero, no seré yo sino personas más instruidas en la ciencia económica las que te lo dirán. Háblase mucho aquí del efecto que los maravillosos descubrimientos de esos últimos meses producirán en el viejo continente. Se espera una inundación de emigrados de todos los puntos de la tierra; que vengan, y te respondo de que habrá oro para todos.

Sin duda me preguntarás si he hecho fortuna. ¡Ay! Mi mala suerte me persigue siempre. Hace tres meses creía tener hecha mi fortuna, y que creía que iba a ser un 'nabad' de América; pero nada menos que esto. Hallábame aquí cuando llegaron las primeras noticias del descubrimiento del oro. Corrí al punto; he trabajado penosamente, he sufrido mil fatigas y mil peligros, y hoy, gracias al estado de desorden en que el país está

sumergido, he sido robado de cuanto he reunido con el sudor de mi frente, y tengo que esperar la próxima estación para empezar de nuevo mi trabajo. No me quedan ya más que mil cuatrocientos duros, y en vista del precio que tienen todas las cosas, calculo que no tendré para más de dos o tres meses. Por lo demás, lo mismo que me ha sucedido a mí ha sucedido a otros muchos. Con el número de los mineros se ha aumentado también el número de los robos y de los crímenes. Cuando llegamos a los Mormont Diggings todo estaba allí tranquilo. Cada uno trabajaba sin incomodar a su vecino; pero hoy ha cambiado completamente la escena. La última vez que estuve allí, la situación era muy mala, como verás por mi diario; pero hoy, según las noticias que nos llegan, no hay hombre, por poco feliz que haya sido en su trabajo, que pueda estar seguro al dormirse una noche de despertar al día siguiente. El hecho es que no hay aquí poder bastante a sostener la paz pública. La mayor parte del país es un desierto ocupado por miserables tribus de indios, y la escasa columna que ha traído aquí el coronel Mason, está reducida casi a cero con las deserciones, y la fidelidad de los que quedan es muy dudosa, según dice el mismo coronel.

Como podrás imaginarte, estoy sumamente desconsolado por lo que me ha sucedido, porque es triste cosa verse despojados por los ladrones de lo que hemos ganado a costa de tantos trabajos. Espero, sin embargo, que la próxima campaña será más feliz. Creo que ya sabrás por los periódicos todos los pormenores de lo que pasa en California; pero como estoy seguro de que no solamente tú sino Ana y Charlie, mis buenos amigos M. y su esposa, y Miss. . . tienen interés en conocer mis aventuras personales, os remito un diario de cuanto he visto y he hecho. No sé si podréis leerlo todo, porque en muchos pasajes he llenado los intervalos de renglones que he tenido que intercalar, y además, mi letra no ha sido nunca de las más legibles. En fin, os lo envío para que hagáis de él lo que queráis.

No podrás formarte idea, hermano mío, de lo mucho que he deseado que estuvieras aquí conmigo, porque tus conocimientos metalúrgicos me habrían indicado indudablemente algún método menos grosero que el que hemos seguido. Por otro

lado, doy gracias a Dios de que te hayas quedado en Inglaterra, porque si bien es fácil coger mucho oro, es difícil guardarlo. En realidad, esto no es más que una lotería aventurada, en que ganan sólo los que pueden llevar el producto de su trabajo a Europa o a los Estados Unidos; pero son muy pocos los que pueden contar semejante dicha.

No sé qué voy a hacer aquí hasta que vuelva el tiempo seco. Las lluvias no han empezado todavía; pero se las aguarda todos los días y para entonces tendremos, a no dudarlo, un aluvión de gente que vendrá del interior, pues me parece imposible vivir en los campos durante la estación de las lluvias. Como es consiguiente, subirá el precio de todas las cosas, y creo que el mejor partido que puedo tomar será que cuando vuelvan los desertores de las minas y recobren los buques sus tripulaciones me dirija a las islas Sandwich, que no están muy lejos de aquí, y donde se podrá vivir con más economía. Allí me será fácil hallar la próxima estación medios de dirigirme a San Francisco. ¿Qué cambios habrán ocurrido en el país? Imposible es preverlo. El gobierno federal reclamará tal vez las tierras y el oro que contienen como objetos de dominio público. Acaso mandarán un ejército para mantener sus derechos, y entonces resultarán escenas terribles y desórdenes horrorosos. Todos los aventureros esparcidos por este lado del continente llegan en masa a la *gold region*, y los indios hacen otro tanto; así es que estoy convencido de que el hermano Jonathan [N: Sobrenombre vulgar del pueblo angloamericano. N.T.] tendrá que dar más de un combate si quiere guardar todo el oro para sí.

Creo que en cuanto se sepa en Inglaterra lo que aquí hacemos, tendremos muchos imitadores, y que no tardaremos en ver multitud de emigrados de la madre patria. No me atrevo a dar consejos sobre este particular. Todo lo que puedo decir es que la abundancia del oro que aquí se encuentra sobrepuja a cuanto se pueda imaginar. ¿Qué probabilidades habrá en la próxima estación de guardar lo que cada uno haya ganado? Esto es lo que ignoro; pero desde luego se puede asegurar que será una empresa penosa, difícil y en extremo peligrosa.

Tu hermano J. Tynwhitt Brooks.

